

BOLSIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

¡...Y LAS ESTRELLAS GRITARON!

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

**¡...Y LAS ESTRELLAS
GRITARON!**



CURTIS GALAND

¡...Y LAS ESTRELLAS GRITARON!

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 287

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 51.467 — 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1976

© **CURTIS GARLAND** — 1976

texto

© **ANTONIO BERNAL** — 1976

cubierta

*Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.***

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.***

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1975

Me he hecho peldaños bajo mis pies con tu esplendor para
poder, remontarme a mi madre, la viva y ascendente que está sobre
la cabeza de Ka [serpiente Ureo]

Pertenece al cielo quien es del cielo, junto con los dioses [que
deben ascender,

Padre, he venido, a estas dos madres mías, los dos buitres
[femeninos...

Yo asciendo al cielo y viajo sobre el metal...

Yo ra remonto al cielo entre, las estrellas inmortales.

*De una tablilla de marfil del rey Hyprus el Combatiente, hallada en
Naqáda, Egipto*

CAPITULO PRIMERO

LA Supernave rectificó su rumbo automáticamente.

Alfa 17, la Computadora, se había encargado de ello. Era parte de su trabajo, y lo cumplía con la frialdad lógica en una máquina.

La Supernave siguió adelante. Siempre iba adelante. Hacia alguna parte. Siempre más y más lejos...

Supernave 1.009. Peso, absoluto, diez mil toneladas. Capacidad, seiscientos cincuenta pasajeros. Máximo de tripulación, cincuenta y cuatro.

Destino: las Galaxias.

Misión: explorar informar.

Retorno: imposible.

Precio de la misión: la vida.

Así se podía extraer un hipotético decálogo de a bordo en sólo cuatro apartados concretos. Fuera de allí, posiblemente nadie lo hubiera entendido. Pero ellos sí lo entendían. Los seiscientos cincuenta viajeros y los cincuenta y cuatro tripulantes. Al menos, cuando, llegaban: a esa cifra exacta. Existía un margen para de funciones y nacimientos. Sí la cifra hubiese excedido en uno solo, la solución era implacable: ejecutar al más anciano, o, al más enfermo. Nunca al recién nacido, aunque el control de natalidad a bordo era estricto, severísimo.

La Supernave 1.009 se desplazó entre vapores cósmicos y centelleantes masas estelares. Su velocidad no se podía medir por distancias físicas, por medios normales. Su energía proyectaba aquella ingente masa muy por encima de la propia velocidad lumínica pero eso, en el vacío negro, absoluto, eterno, era como un lento caminar entre núcleos galácticos.

Des de un punto fijo de observación, la Supernave hubiera sido

solamente un destello, en el infinito, una centella de luz casi imposible de seguir con, la mirada. A bordo, para todos sus ocupantes, la sensación era de, inmovilidad, como permanecer colgados entre las. Estrellas.

Últimamente, había sufrido una desviación, acaso atraído por la masa de alguna acumulación de soles gigantescos. Pero allí estaba la inteligencia de circuitos electrónicos, la deshumanizada sabiduría de *Alfa 17* para rectificar el curso erróneo del vehículo espacial.

Y de nuevo, tras la rectificación, el rumbo era el correcto, la marcha inmutable y sin fin de la Supernave, proseguía hacia...

¿Hacia dónde?

. * * *

—¿Hacia dónde? —el Comandante se encogió de hombros, con fría expresión — No lo sé. Ni me importa. Llegáremos alguna vez a alguna parte. Como ha ocurrido siempre, hasta ahora. Cuándo, en qué forma, o en qué lugar, es algo que no puedo saber ni intuir. Dejemos que el tiempo nos de esa respuesta.

—El tiempo..., ¿Existe, esa palabra para nosotros, señor?, — dudó el Primer Piloto de la Supernave.

—Tal, vez no, como otros lo entienden. Pero existe nuestro tiempo y eso es lo que cuenta. Para nosotros, sólo puede contar lo de aquí, lo de este mundo nuestro, tan limitado. Lo que encierran las paredes de esta nave. Usted lo sabe tan bien como yo, Kolman.

Kolman, el, Primer. Piloto, asintió con expresión ensombrecida. Sí, eso era bien cierto. Ellos lo sabían. Todos ellos

El Comandante permaneció absorto unos momentos, revisando las complejas, cifras y cálculos que iban apareciendo en las pantallas y se grababan en las memorias de la gran computadora central, la infalible *Alfa.17*, auténtico cerebro y corazón de la Supernave. Sabía que todas sus vidas dependían de aquel prodigio electrónico, capaz de conducirles con éxito, hasta el límite mismo de lo previsto. Pero también sabía lo que para todos ellos significaba la programación de *Alfa 17*. Era como un gigantesco ser de dos caras. Amigo y enemigo al mismo tiempo. Técnico infalible, pero también vigilante implacable

Vigilante.

Eso es lo que significaba, la presencia de la supermáquina a bordo. La gran computadora era la encargada de resolver los

problemas de navegación, de supervivencia, de perfecto y exacto cumplimiento de la misión encomendada.

Pero por otro lado, era su guardián Su centinela sin ojos. Su celador inexorable. En una palabra: *Alfa 17* era el único elemento que les unía a su mundo de un modo constante, omnipresente, por lejos que llegaran en su viaje.

Para la máquina, no existían distancias. Ni confines, ni Tiempo ni Espacio. Estuvieran donde estuvieran, la computadora cumpliría fielmente la misión para la que fue construida. No poseía alma, Pero sí una fría inteligencia mecánica hecha de millones de complejos circuitos. Una inteligencia tan capaz de: conducirles sanos y salvos por el Cosmos, como de controlar, la vida a bordo en sus más mínimos detalles. Una inteligencia dispuesta siempre a! ayudar o a destruir.

Destruir.

El Comandante apretó los labios al recordarlo, mientras registraba las alteraciones de rumbo, velocidad y situación. Siempre que pensaba en eso, una fría ira invadía su ser. No podía evitarlo. Hubiera querido hacer algo, lo que fuese, para impedir que las cosas continuaran siendo igual. Pero no había cosa alguna que él pudiera hacer para cambiar las cosas, por muy jefe de la expedición que fuese, y por mucha que fuera su autoridad a bordo. Sólo podía tener mando sobre los seres humanos que formaban el pasaje y tripulación de la gigantesca nave hacia, las estrellas.

La computadora era diferente. Nadie podía alterarla. Nadie podía tocar sus mecanismos. Nadie estaba autorizado para alterar o cambiar lo más mínimo en su organismo artificial.

Sencillamente, estaba prohibido manipularla. Ningún ser humano podía, acercarse a ella con semejante idea De ocurrir así sería *inmediatamente* destruido.

Formaba parte de su programación Destruir. Destruir al enemigo que pretendiera ir contra lo establecido. El *stablishment* era la propia máquina. A bordo, ella significaba la continuidad de un sistema y de un control.

El Comandante estudió los amplios paneles de cambiantes luces de color en los tableros luminosos, las pantallas fluorescentes, los gigantescos tambores de grabaciones, en constante movimiento...

A veces, le resultaba imposible imaginar que todo aquello

tuviera *ojos*. Ojos vigilantes, ojos alerta, que jamás dormían, que nunca se cerraban. Ojos capaces de ver hasta el último rincón de la nave. La red de objetivos de televisión, el circuito cerrado de ésta, que la propia computadora seleccionaba, los detectores, los ojos electrónicos, los sutiles sistemas de captación de *Alfa 17*, eran tan eficaces como sus circuitos habilitados para conducir automáticamente la nave, para capitanearla, si era preciso y para dirigir en increíble sincronización todos los mecanismos de a bordo.

Y además de todo eso, *Alfa 17* les vigilaba a ellos. Regía sus destinos. Un acto de rebeldía, un intentó de independencia, por parte de cualquiera de ellos para desligarse del programa establecido... significaba la muerte.

Sí. La computadora era la vida. Y también la muerte.

Esa era su exacta programación. Ayudar, colaborar mientras se cumplieran las instrucciones del Supremo Control, allá en su planeta. Destruir, aniquilar y matar cuando se pretendiera actuar por cuenta propia.

El Comandante sentía odio a veces. Odio hacia la máquina, odio hacia sus invisibles y fríos ojos vigilantes, odio hacia su misión..., odio hacía, sí mismo. Odio, y quizá hasta desprecio.

Pero debía dominar sus sentimientos. Debía seguir adelante. Por su propia supervivencia. Por la de los demás. Muchas vidas humanas dependían de su serenidad, de su autocontrol, de, su disciplina en estos momentos.

Todo eso pasó por su mente: en los largos minutos que duraba la monótona mecánica y rigurosa tarea de conducir aquella nave hacia otras Galaxias, en el más increíble viaje realizado, jamás por el ser humano.

Kolman, su Primer Piloto, había hablado del Tiempo. Y el Comandante, ahora, trataba de pensar, de reflexionar sobre ese punto Y sobre otros muchos, en tanto la nave continuaba su marcha, inmutable hacia, los confines del Universo, y sus poderosos sistemas de comunicación, controlados totalmente por su cerebro electrónico, transmitían a su lejano mundo toda la información, todos los datos.

Información y datos de cuanto veían, en el exterior. De los lugares que recorrían, de los resultados, de las observaciones astronómicas, del estudio estelar de la investigación cósmica... Y

también del comportamiento a bordo, del estado de cosas en la Supernave 1.009.

A pesar de las inmensas distancias, a pesar de su comunidad aislada en los espacios infinitos, a pesar de saberse a millones de años: luz de su punto de origen, formando una nueva y limitada sociedad, seguían siendo prisioneros.

Prisioneros...

Esa era la palabra La amarga palabra. Lo demás era simple espejismo. No había confín en el universo donde pudieran sentirse, realmente liberados, alejados, de su propio pasado...

Fuesen adonde fuesen, iría con ellos *Alfa. 17*, programada para vigilarles, La rebelión significa la autodestrucción, ordenada inmediatamente por la computadora.

Prisioneros, sí.

Seguían estando prisioneros. Como entonces...

* * *

—¿Indulto?

—Sí, ciudadano Judd Shark. Indulto.

—No, no puedo creerlo... Debe haber un error o es sólo una burla.

—La Justicia no se burla. Ni comete errores, ciudadano

—Pero... ¡pero yo, estoy condenado a muerte!

—Exacto, ciudadano Shark. A muerte. —Esa pena no admite indulto en nuestras Leyes.

—No lo admite, cierto. Sin embargo, yo he venido aquí a ofrecerte el indulto. La Ley puede llegar a sentirse generosa, ciudadano Shark, incluso contra aquellos que pretenden derribarla.

—Yo no pretendo derribar las Leyes, sino ciertos Gobiernos —replicó acremente Judd Shark.

—El Gobierno es la Ley —le recordó fríamente el funcionario estatal, erguido ante él—. Pero no estoy aquí para discutir problemas legales. Traigo mi oferta, ciudadano. Es la oferta del Gobierno que tú combatías y que, generosamente, te ofrece una oportunidad, *una sola*, de salvar tu vida. De liberarte.

—¿Salvar mi vida? ¿Recuperar la libertad? —Shark movió la cabeza, asombrado lleno de incredulidad—. Imposible... Esas cosas no pueden suceder.

—Sucedan una sola vez. De ti depende que sepas aprovechar la

suerte cuando pasa por tu lado. ¿Qué decides?

—¿Qué se espera que haga yo por el Gobierno para merecer tal clemencia? ¿Vender a mis camaradas, a los que, como yo, lucharon por un mundo mejor con la tiranía y el poder dictatorial?

—Nada de eso. Es algo mucho más sencillo y realizable, incluso para un rebelde. Tú has pertenecido a la Federación de Astronautas, ciudadano Shark.

—Claro. Eso, todos lo saben.

—Muy bien. Existe un proyecto especial.

—¿Un.. proyecto?

—Eso es. Algo nuevo. Nunca hasta ahora se experimentó. Se trata de una nave distinta a todas. Una auténtica ciudad flotante, para viajar por el espacio y para colonizar lejanos mundos, para explorar formas de vida desconocidas. Se ha obtenido una nueva materia energética. Pueden alcanzarse velocidades inconcebibles hasta ahora. Puede irse más lejos de lo que jamás hombre alguno soñó en llegar. Pero el proyecto, con ser tan hermoso, ofrece un solo inconveniente.

—¿Cuál es?, —no hay regreso. —¿Qué?

—Jamás habrá regreso. Es un viaje sin posible retorno. Esa supernave seguirá recorriendo soles y planetas hasta el fin de sus días. Se establecerán colonias o puestos en otros mundos. Se informará minuciosamente sobre todo lo que se visite y explore, para ampliar nuestros conocimientos astronómicos en cualquiera de sus posibilidades. Después...

El funcionario del Gobierno enmudeció. Shark le contemplaba fijamente.

—Después... ¿qué? —quiso saber. —Puede suceder cualquier cosa. Puede uno morir de viejo o seguir eternamente perdido en los espacios. Eso sí: siempre con alimentos, con medios de producir viandas aunque sean químicas, pero suficientes para mantener vivo un organismo... En suma: no hay esperanza de retorno. Ninguna. Es una misión sin regreso. Pero mientras se lleve a cabo, mientras se viva.. el viajero será libre en el espacio. O en otros planetas. Libre. Y con vida, ciudadano Shark. Eso es lo que vine a ofrecerte.

—¿Por qué a mí?

—Porqué eres un astronauta. Porque estás condenado a morir. En estos momentos, el Gobierno hace la misma oferta a más de

setecientas personas.

—¿Setecientas?

—Eso es. Necesitamos cincuenta y cuatro tripulantes. Y más de seiscientos viajeros de ambos sexos» que estén dispuestos a unirse en parejas, é incluso a tener descendencia, rigurosamente, controlada, eso sí.

—Una especie de arca...

—Eso es. Pero de seres humanos, ciudadano Shark. Llevaréis nuestra bandera. Nuestros emblemas y nuestros símbolos, hasta los confines del Universo.

—Es mucho suponer —dijo el Comandante con fría ironía—, Una vez fuera del planeta, ya en los espacios, lejos, de aquí, ¿quién os garantiza que seremos dóciles, fieles al sistema, y haremos cuanto de nosotros esperáis?

—*Alfa 17*—fue su tranquila respuesta.

—¿Qué?

—*Alfa 17*. Una computadora genial. No podréis burlarla jamás. Ella controlará vuestros actos. No ocurrirá nada mientras se cumplan las órdenes normalmente. Pero, a la menor rebelión será el fin. Vuestro fin inmediato. .

—Eso es igual que seguir, siendo, prisioneros —se irritó Judd Shark.

—Tal vez Pero vivos. Sin celdas. Con mundos para recorrer, con grandes extensiones donde vivir, dentro de la nave sin límites de espacio. Elige, ciudadano Shark. La ejecución de tu sentencia o ese viaje a las estrellas. La decisión es tuya. Y de otros setecientos como tú, condenados a muerte, a cadena perpetua o a trabajos forzados...

Judd Shark no supo qué decir en aquel momento. Pero interiormente sabía que no había otro camino. No deseaba morir. La vida significaba, cuando menos, una esperanza aunque remota, de alcanzar la auténtica libertad. O de luchar por ella.

Morir... era el fin de todo Valía la pena intentarlo.

Valía la pena dar una respuesta afirmativa, ir al espacio, en vez de bajar a una helada fosa...

Y respondió finalmente:

—Sí. Acepto. Iré a las estrellas...

Y fue a las estrellas.

Como otros setecientos seres, humanos que, como él eligieron la

vida y la teórica libertad en el Cosmos. Porque con eso, elegían la esperanza. Una remota esperanza de ser realmente libres....

CAPITULO II

—UNA esperanza... Sólo eso, señor. En eso ha quedado todo.

El Comandante no respondió. No hubiera sabido qué decirle a Kolman, su Primer Piloto. Lo cierto es que ambos pensaban igual. En la Supernave eran más de setecientos pensando lo mismo. Y no servía de nada. Absolutamente de nada.

Alfa 17 era más fuerte que todos ellos. Vigilaba, fría e implacable, con su omnipresencia silenciosa e inanimada, Un acto rebelde, agresivo, el más leve imaginable, significaría la muerte para el atrevido.

Ahora lo sabían. Ahora entendían bien el fracaso de sus sueños. Era una situación exasperante. La continuidad de su cautiverio en su propio planeta. A bordo, seguían siendo prisioneros. Aún no habían hallado siquiera un planeta capaz de ser colonizado. Y si lo hallasen, todo seguiría igual. La bandera y el símbolo de los tiranos presidiría la nueva colonia. Un mecanismo especialmente dispuesto les mantendría *obligatoriamente* en contacto con su mundo de origen. La manipulación o intento de desconexión de ese mecanismo, originaría inmediatamente una destrucción total de toda la colonia, por medios que ellos mismos ignoraban, pero que estaban ciertos existían y eran eficaces. O de otro modo, el Gobierno no les hubiera permitido viajar hacia otros planetas.

Ante ellos, los paisajes cósmicos continuaban desfilando con majestuosa y delirante grandeza. Era casi un sarcasmo. Sentirse liberados, flotando en semejante inmensidad..., y saberse cautivos. Prisioneros. Atados de por vida a un sistema que les era odioso.

—A veces me pregunto, Kolman, si ha valido la pena elegir esto... —suspiró el comandante Shark.

—Tal vez sea un poco mejor que la muerte —arguyó su piloto.

—Tal vez. Al menos creemos ser libres, pensamos que hemos vuelto, a ser nosotros mismos... y no somos sino pobres espectros de lo que ya fuimos allí. Deambulamos como autómatas, nos manejan y controlan a, distancia, y saben que nuestros circuitos en modo alguno pueden fallar...

Reinó el silencio, en la cámara de mando de la gigantesca nave. Bajo sus pies, palpitaba una perfecta colmena humana: plantas, habitaciones amplías plazas y corredores, formando una auténtica ciudad, con sus tiendas, sus establecimientos, sus diversiones, para los ocupantes libres de todo servicio a bordo...

Ellos seguían adelante, conduciendo a aquella población de ex prisioneros, de gentes de ambos sexos, que se libraron de la ejecución o de la cadena perpetua para ser viajeros del espacio, cambiando sus celdas por habitaciones, sus prisiones por una nave cósmica

Judd Shark situó el control automático. La nave si guió su marcha majestuosa. Se puso en pie, desperezándose. Kolman tomaba una taza de café. El se sirvió otra. Echó a andar hacia la puerta de salida de la cabina de mando.

—Voy a pasear un poco por ahí, a comprar, algo, cualquier cosa... —murmuró en voz baja—, Quiero sentirme por unos momentos como si realmente fuese un hombre libre, Kolman.

—Sí, señor. Lo entiendo perfectamente. Yo estuve antes viendo cine... Una vieja película, de hace más, de treinta años...

—Tal vez yo entre en el cinematógrafo también. O vea un programa musical en video, no sé... —se encogió de hombros, dirigiendo una mirada de soslayo a las radiantes estrellas visibles en la gran pantalla—. Tal vez sea bueno olvidar todo eso que nos rodea. La contemplación de los astros ha llegado a convertirse para mí en la evidencia de que sigo prisionero... Prisionero en una inmensa celda sin paredes ni rejas. Pero celda al fin y al cabo.

Salió de la cabina. Su pilotó no hizo Comentario alguno. Pero se quedó erguido, ante uno de los grandes visores contemplando, la panorámica deslumbrante del Universo, aquel haz de radiante luminosidad que era una galaxia lejana, entré miríadas de centelleantes astros, a través de los cuales iba desplazándose la impresionante mole de la Supernave.

El comandante Judd Shark abandonó la sala de cine y de video con aire cansado. Ni siquiera las distracciones visuales lograban alejar de su mente las ideas depresivas de los últimos días a bordo. A pesar de la grandiosidad interior de la nave, una especie de claustrofobia iba adueñándose de él.

Paseó distraído, por las amplias galerías, como auténticas calles, qué formaban los diversos niveles o plantas del interior de la Supernave 1.009. Se cruzaba con tripulantes—de uniformes plastificados, rojos o amarillos— y con viajeros, que formaban la población civil interior, con sus atavíos uniformes que, para distinguirse de la fuerza militarizada de a bordo, eran en tonos azules, grises y blancos, según sus respectivas ocupaciones. El número de orden y el de nivel o planta donde habitaba cada uno, aparecían con fluorescencias anaranjadas, sobre las tarjetas plásticas de identificación, adheridas a sus ropas, en lugar bien visible. Las mujeres llevaban toda la indumentaria plateada y, cortas faldas con malla blanca y botas también plateadas.

Se detuvo, con un estremecimiento, cuando una luz roja, intermitente, brilló en un gran cuadrante. Algunos otros ocupantes de la nave miraron curiosamente en esa dirección.

Un viajero de más estaba siendo exterminado por el sistema automático de control social. Debían haber nacido más nacimientos de los previstos en aquellos días. Un viajero sobraba. El de más edad había sido sacrificado, Fría y despiadadamente sacrificado por la computadora *Alfa 11*...

La luz del cuadrante rojo dejó, de parpadear. Ya estaba todo hecho. Con la boca seca y un leve mareo el comandante Shark se introdujo en el bar restaurante del personal civil, en la Planta Dos. Algunos clientes le saludaron con deferencia. Todo el mundo sabía a bordo quién era Judd Shark.

Depositó una ficha en una ranura y extrajo una bandeja con alimentos y bebidas. No probó bocado, limitándose a tomar, las dos botellas de vino que con tenía la bandeja. EL pequeño audífono de su casco militar emitió un soniquete.

—Comandante, ha rebasado el nivel autorizado de consumo de alcohol. No probará ninguna otra bebida alcohólica durante veinticuatro horas.

Respiró profundamente, estrujando sus puños con ira. Así eran

las cosas. De buen grado, hubiera. Arrancado el audífono de su casco, estrellándolo contra, el suelo Pero no podía hacerlo. Era un acto de indisciplina con el sistema. La computadora, le aplicaría un severo correctivo y ordenaría la inmediata aplicación de otro audífono, bajo amenaza de ejecución inmediata.

—Libertad... —silabeó con ira Judd Shark—. ¡Ni si quiera yo soy nadie a bordo, maldita sea! Sólo un en cargado, de transmitir órdenes a los demás y de acatarlas como el primero...

Malhumorado, tomó un emparedado de la bandeja, para rebajar el grado alcohólico tolerado, y abandonó con paso rápido, e iracundo la cafetería del Nivel Dos.

Justamente entonces, tropezó con ella.....Era Hermosa. Hermosa, pero fría, y distante, como si formara parte de la propia computadora. Siempre Había sido así.

—Perdone...—se disculpó el comandante Shark, al chocar de frente con ella—. Soy muy torpe, señorita Random...

—No tiene importancia —ella, sonrió con la misma frialdad con que podía hacerlo un robot programado para sonreír—. Y le ruego, comandante, que no me llame otra vez «señorita» Random. Creo tener mi título **para** algo...,

—Oh, cierto..., *profesora* Random.—subrayó Shark con alguna ironía la condición científica de la bella dama—. Debe disculparme. Soy muy distraído en esas cosas Siempre, me resulta difícil dirigirme a una mujer joven y atractiva, con el tratamiento adecuado a su título profesional.

—Muy amable, señor. Pero puede ahorrarse elogios. Soy inmune a ellos.

—Lo creo —suspiró Shark—. Tal vez bebí demasiado vino. Eso dijo la computadora. Atribuya a sus efectos mi comportamiento de ahora, profesora Random. —Es usted incorregible, señor —murmuró ella con respetuoso reproche—¿Estoy aquí para trabajar, no para escuchar piropos Ya sabe usted, que mi único amor en la vida es mi propia carrera. No voy a contribuir a que la natalidad sufra un aumento a bordo, esté seguro.

—Tal vez sea una medida sensata. Cada nacimiento, cuando la cifra máxima está alcanzada, significa una ejecución... Y eso es algo que no me gusta.

—Forma parte de las leyes de a bordo, comandante —objetó ella

con frialdad—. De todos, modos, señor, no hay por qué hablar de eso. Precisamente le buscaba a usted, cuando se ha dado la circunstancia de que tropezase conmigo

—¿A mí, profesora?

—Sí, comandante Tengo algo que someter a su examen. Quise, que usted, lo viese antes que ninguna otra persona a bordo... —¿De qué se trata?

— 23

—Véalo por sí mismo, señor, si tiene un momento—mostró su portafolios gris con sus siglas en plata— Traigo aquí el informe. Si quiere que, vayamos a alguna parte para examinarlo...

—¿Es ultrasecreto, confidencial acaso, profesora?—se interesó el comandante de la Supernave, arrugando el ceño.

—No creo que deba serlo, a menos que usted juzgue lo contrario, señor. Se trata solamente del resultado de un examen personal de ciertos, fenómenos naturales y sus posibles significados.

—*Está bien.* Entremos aquí —le señaló la cafetería— Creo que tomaré otro emparedado..., esta vez con café ¿Acepta que la invite, profesora?

—Claro, señor Pero solamente tomaré café. No tengo apetito. Y no acostumbro a tomar vino...

Le precedió, altiva y severa como era siempre, camino de una mesa situada junto a un ventanal asomado a otros Niveles del Centro Social de la nave. El comandante Shark procedió a obtener los servicios de un distribuidor automático de consumiciones, mientras la profesora Random abrió su portafolios y extendía sobre la mesa una serie de operaciones dibujos, cálculos matemáticos, y fotografías en color, obtenidas por procedimientos espectrográficos. Extendió todo eso ante su superior Shark enarcó las cejas estudiando los documentos, tras tomar un sorbo de café.

—¿Y bien? — indagó—. ¿De qué se trata?

—De este planeta —el dedo, de ella se apoyó sobre un determinado cuerpo celeste, de color azul, situado en medio de una galaxia fotografiada con teleamplificador.

—Ese planeta parece formar parte de un. Sistema Solar profesora. —opinó el comandante, tras un examen atento de la fotografía—. ¿De dónde obtuvo la imagen?

—De un punto en el. Cúmulo 5.090 de las Nuevas Cartas

Celestes, señor.

—El Cúmulo 5.090 está situado todavía a casi veinte fechas estelares de nosotros, en estos momentos —calculó rápidamente Shark—. Y eso contando con la máxima velocidad posible a nuestra marcha...

—Exactamente a veintidós fechas estelares, señor— rectificó ella con su habitual frialdad científica—. Podría ser interesante visitar ese mundo, señor.

—¿Por qué motivos?

—Es habitable. Posee atmósfera perfectamente respirable. Y mares. Y vegetación.

—¿Está segura?

—Totalmente. Los cálculos son exactos. Están comprobados por fotografías y análisis espectrográficos. Y todavía hay más señor.

—¿Más? —Shark contempló profundamente pensativo a la joven investigadora—. ¿A qué se refiere?

—A la vida humana —murmuró ella con firmeza—. En ese planeta... hay seres *inteligentes*, señor... posiblemente *humanos*.

* * *

Humanos

Era una posibilidad delirante. Seres humanos... en aquel lugar del Universo.

En un punto situado todavía a muchos, muchísimos años luz de ellos... que la Supernave cubriría en menos de veinticinco fechas o jornadas espaciales, llamadas así a las unidades de tiempo cuando se viajaba a velocidades infinitamente superiores a la de la luz.

—Es una teoría audaz, señor — opinó con desconfianza Ilia Yuriv, segundo piloto de a bordo, en servicio ahora junto al comandante Shark—. Es posible que la profesora Random esté equivocada, ¿no la ha pensado?

—Es lo primero que pensé, Yuriv —admitió Judd Shark con gesto cansado, fija como siempre su mirada en los grandes visores del exterior—. Pero la profesora impresiona con su seguridad. Además, es una mujer muy fría, cerebral... No se precipitaría en conclusiones arriesgadas.

De modo que espera encontrar seres humanos en ese planeta... —suspiró con evidente escepticismo su auxiliar.

—Es muy posible que haya vida inteligente, como ella dice,

aunque no necesariamente humana. En todo el tiempo que llevamos viajando, hemos encontrado una larga serie de decepciones. Muchos mundos están no sólo deshabitados, sino carentes de la más mínima vida orgánica. He llegado a pensar que estábamos absoluta mente solos en el Universo, Yuriv.

—Y esto puede ser una esperanza...

—Puede serlo, aunque he dejado de creer en las esperanzas desde hace mucho tiempo, amigo mío —suspiro el comandante con voz apagada. Yuriv se quedó contemplando las cartas celestes, las pantallas de los sistemas electrónicos de la computadora *Alfa 17*, como si en todo aquello, estuviera la respuesta a sus dudas.

—Me gustaría saber cómo llegó la profesora Random a esa conclusión, señor —hizo notar—. Todo lo demás es fácil de obtener a través de una minuciosa investigación a distanciap Pero lo relativo a vida inteligente sigo poniéndolo en duda. ¿En qué se basa ella para, afirmarlo?

—En una conclusión definitiva, Yuriv —sonrió el comandante con voz serena— Ha enviado un mensaje a ese planeta. Y ha recibido respuesta...

Ilia Yuriv se quedó: como petrificado, contemplando con inmenso estupor a su jefe. Luego, trató de concretar:

—¿Ha dicho usted *respuesta*?

—Sí, amigo mío. Eso dije, exactamente. Ella transmitió una serie de ondas desde su estación de investigación espacial a bordo detesta nave. Las ondas fueron recibidas en el planeta azul que ha visto en esas fotografías.

—¿Y...?

—Y llegó una contestación. Ella se había ocupado de transmitir un mensaje científico, junto con una identificación personal en clave. La clave fue traducida correctamente por sus receptores. En la respuesta, las ondas de radio así lo confirmaban... y añadían algo más. Algo revelador para, la profesora y, por supuesto, también para mi Yuriv ese algo, redactado en la misma clave que utilizó la profesora para su mensaje cifrado, era una respuesta clara: «Enterados mensaje, esperamos visita. Nuestra civilización recibirá vuestra nave en paz.»: Ése era el mensaje, Yuriv. Pero, indudablemente, algo falló en, su transmisión, aunque la profesora no ha logrado otra respuesta confirmando o denegando el error.

—¿Qué, error?

—La firma de ese mensaje. Evidentemente, no es tal firma. Debe tratarse de una prueba de, que fuimos identificados. Pero no hemos: podido corroborarlo, como digo. No, ha habido más respuesta a los mensajes.

—¿Y ese error era...?

—Este —le mostró la transcripción electrónica del texto recibido y traducido, de su clave original—. ¿Qué opina usted, Yuriv?

Ilia no supo qué responder. La firma de aquel mensaje no: tenía sentido alguno como tal, puesto que es taba compuesta solamente de dos palabras: «PLANETA TIERRA».

—¡«Planeta Tierra»! —exclamó, el segundo, piloto—. Evidentemente, se trata de un error de transmisión o de transcripción. Después de todo, estamos ahora a... a *casi mil millones de años luz* de nuestro mundo de origen que es justamente, el planeta Tierra...

* * *

—Es extraño, señor...

—¿Extraño? —se volvió vivamente el comandante Shark—. ¿Qué es lo que usted considera extraño, doctor Zake?

El doctor Angus Zake, médico cirujano de a bordo levantó la cabeza, dejando de examinar las telefotografías tridimensionales del planeta azul situado en el Cúmulo Galáctico 5.090.

—A distancia, comandante, la esfera de ese planeta! se asemeja extraordinariamente a la nuestra. Su coloración azul, su atmósfera... Todo, en suma.

—Evidentemente, el hecho de que posea la misma forma de vida orgánica, la presencia de mares, y de vegetación, y la existencia indudable de una raza inteligente, nos prueba que el planeta, ha de tener, por fuerza, una semejanza con la clase de mundo, que nosotros conocemos. La similitud ha de venir, lógicamente, por un paralelismo en las condiciones de vida en su superficie. Pero seguramente, a medida que nos: aproximemos a él más y más, esa semejanza se irá perdiendo doctor Zake.

—Es posible sí —aceptó el médico—. Existirán diferencias entre uno y, otro planeta, pero de momento, me sentí impresionado Es demasiado parecido visto desde aquí. Llegué a imaginar que el Espacio nos había jugado una mala pasada y que tal vez en una

especie de Universo circular, habíamos vuelto al punto de partida...

—¿A la Tierra? —el comandante Shark se echó a reír de buen grado—. Cielos, no, doctor. Estamos infinitamente lejos de ella en estos momentos. Ahora, dejé de pensar en el problema. Es asunto mío, no suyo. He venido a su consultorio exclusivamente a pasar, el examen periódico, no a discutir sobre astronáutica.

—Está bien, señor—admitió el médico, encogiéndose de hombros—. Vamos allá con su salud, aunque imagino que, como siempre, será excelente. No he visto jamás hombre más sano y fuerte que usted. Y tal vez sea una bendición del cielo para todos nosotros, los ocupantes de la Supernave...

Sonriendo, Shark se tendió sobre la litera de examen médico. El doctor Zake puso en marcha el aparato diagnosticador electrónico y se dispuso a realizar el habitual chequeo a su paciente.

Se interrumpió cuando zumbó el llamador del intercomunicador de mensajes oficiales de a bordo. Zake suspiró, haciéndose á un lado. Shark accionó el pulsador de un interfono con pantalla televisora, situado junto al lecho.

La imagen de Aaron Kolman, su primer piloto, apareció en pantalla. Parecía excitado por algo.

—¿Y bien, Kolman? —preguntó Shark sin emoción en su voz—. ¿Novedades?

—Sí, señor E importantes —fue: la respuesta de su subordinado. —Informe. —Se trata de... de ese planeta azul, señor. Ha llegado otro mensaje...

—¡Otro mensaje! —sé sobresaltó el comandante, poniéndose en pie—. Deme su texto, Kolman.

—Inmediatamente, señor, —una pausa. Leyó un escrito que temblaba ligeramente en sus manos—: «Bien venidos. Les esperamos. Ya son visibles en nuestras pantallas. Saludos: Planeta Tierra».

—¡Planeta Tierra! ¿Otra vez esas palabras? ¿Seguro qué son una firma?

—Seguro, señor. Lo hemos confirmado. Insistieron.

—Pero... ¡pero es *imposible*!

—Lo sé, señor. Sin embargo...—Kolman respiró hondo antes de añadir con tono grave—: Sin embargo..., la última telefoto obtenida de su superficie revela claramente los contornos costeros de... ¡del

continente norteamericano y del europeo, con el Atlántico por medio! No hay error señor. Es... ES LA SUPERFICIE DEL PLANETA TIERRA, señor. Sin error posible...

CAPITULO III

LA imagen había crecido extraordinariamente. Todos podían contemplarla con auténtico estupor. Algunos, incluso con nostalgia. La mayoría con incredulidad absoluta creyéndose víctimas de un espejismo.

Un espejismo, sorprendente, sin duda alguna. Porque a aquella distancia de su. Sistema Solar, de la, propia Vía Láctea, resultaba sencillamente increíble que ante ellos se alzara una perfecta, exacta fotografía de su mundo, visto desde las alturas, a muchos millones de millas todavía, aunque agrandada la imagen por los sistemas de telefotografía de a bordo.

—Evidentemente, señores, y por imposible que ello resulte... ES la Tierra.

Era: el propio Judd Shark, comandante de a bordo, quien había lanzado la sorprendente afirmación, con una voz desapasionada y fría, como si todo aquello no logrará emocionarle lo más mínimo.

Las miradas de asombro de los pilotos Kolman y Yuriv, del doctor Zake, de la profesora Random, del personal especializado del Nivel de Mando y Control, compuesto por el observador Wang Ho, la operadora Liliah Frodd, el artillero de emergencia Kris Barman y la coordinadora de vuelo, Vania Lothar, se fijaron inmediatamente en Shark.

El joven, comandante de la nave gigantesca lanzada hacía las estrellas, se limitó a devolverles la mirada, inclinar la cabeza hacia la gran imagen visible en la pantalla, panorámica espacial, y completar, con cierta amarga ironía:

—De todos modos, puedo estar equivocado. En ese caso, uno de ustedes podría rectificarme, diciéndome qué planeta puede ser y por *qué es exactamente igual* a la Tierra.

El silencio no se altero. Nadie tenía esa respuesta, obviamente. Todos los allí presentes sabían que el comandante no podía ser rebatido fácilmente. La aplastante prueba de aquel auténtico, mapamundi en relieve, visible a través de las masas nubosas de la atmósfera, continuaba ante sus ojos, reveladora e increíble.

—Los sistemas de situación de a bordo funcionan perfectamente —señaló con cierta acritud Wang Ho—. El cuadro de vuelo es correcto, y nuestra velocidad, ruta y posición, coinciden con exactitud. Por tanto, estamos a cosa de mil millones de años luz de Perseo. Lo cual nos da una situación aproximada de mil cien millones de años luz del planeta Tierra. La Galaxia o Cúmulo 5.090 es uno de los más remotos conocidos a fondo por nuestra astronomía. Lo que sigue más allá es bastante ignorado, aunque ciertamente el Universo prosigue, y dista mucho de producirse una distorsión que nos permita regresar al punto de origen sin advertirlo. Las constantes de Espacio Tiempo no han sido alteradas por nuestra marcha. De modo que... nada de esto tiene sentido alguno.

—A veces... veces se ha hablado de mundos paralelos, Wang... —argumentó débilmente Kris Borman.

—Tonterías —rechazó vivamente su interlocutor—. Eso es sólo teórico. También se dijo que existen universos paralelos. Y otros mundos iguales en la Antimateria, que son, en realidad, antimundos. Suena bien, pero no es verosímil. Estamos en nuestra propia Dimensión. No tiene sentido imaginarse OTRO planeta Tierra exactamente igual en ninguna parte del Universo. Esas coincidencias no pueden darse.

—Perfecto, Wang Ho. —sonrió sardónicamente el comandante—. En ese caso, dígame lo que estamos viendo.

—Yo diría, señor, que es sólo... una alucinación.

—¿Una alucinación? —replicó vivamente la profesora Random—. ¿Una alucinación que transmite mensajes, que es más visible cuanto más cerca estamos? Eso sí que no tendría sentido, Wang,

—Ya basta —cortó secamente Shark—. Discutir no conduce a nada práctico. Esperemos, caballeros. Sencillamente eso esperemos

—Esperar. . ¿a qué, señor?—quiso saber Ilia Yuriv.

—A lo único que podemos esperar —suspiró. Shark, frotándose el mentón con aire reflexivo—. A alcanzar la exosfera de ese

mundo, a menos de mil millas de altura sobre su superficie... para que descendamos a su suelo y sepamos, de una vez qué clase de seres pueblan ese planeta y qué clase de vida, de civilización, de pueblos, existen ahí.

—¿Descender?—se alarmó la doctora Random—. ¿Es que piensa enviar a alguien a ese planeta? Podría ser peligroso, pese a todo, sin antes disponer de medios adecuados para establecer un contacto amistoso con esas gentes...

—No pienso enviar a nadie, profesora. Seré yo quien pise ese mundo en primer lugar. Y sólo dos o tres voluntarios, como máximo, podrán acompañarme en la expedición.

—Sólo dos o tres... Eso quiere decir que piensa utilizar el proyector de materia..., —dijo su primer piloto.

—Sí —afirmó Shark—. Eso es lo que pienso hacer. Usted lo acertó, Kolman. El proyector de materia solamente puede enviar a un máximo de cuatro personas a distancias: no superiores a las dos mil millas. Y el regreso está condicionado a que los proyectados a distancia puedan manipular a tiempo sus controles de desplazamiento. En caso contrario, no se puede regresar.

—Y si, se pierde o estropea el aparato proyector...

—Entonces, Kolman, el regreso es imposible de todo punto..., Hay que correr ese riesgo amigo mío. Especialmente, si deseamos salir de dudas y ver, qué mundo es ése... y por qué se parece tanto a la Tierra y por qué ellos *dicen* que es la Tierra. Sobre todo esto último...

Enmudeció Judd Shark. Los demás miembros especializados de la tripulación de la Supernave 1.009, permanecieron agrupados allí, contemplando con mudo estupor, en la gran imagen en color y relieve de la pantalla panorámica del exterior, la familiar, inexplicable imagen de un mundo hartamente conocido por todos ellos.

El planeta Tierra... a más de mil millones de años luz de la Tierra...

* * *

—Todo a punto, señor —dijo escuetamente Vania Lothar desde la mesa de coordinación.

—Situación ideal para la proyección a distancia, —añadió Wang Ho Estamos a setecientos veinte millas sobre la superficie de del continente europeo. Justó en la vertical de Londres, sobre las islas

británicas... —carraspeó, como si le irritara hablar así de aquel mundo incoherente—. Los sistemas de proyección a punto.

—No hay mensajes. Los medios de comunicación espacial de ese mundo se han silenciado desde mucho antes de llegar aquí —informó, brevemente. Lilliah Frodd desde sus controles de radio y televisión intergalácticas—. Todo parece mudo abajo

—Bien —respiró hondo Shark, su mirada fija en la familiar figura, planetaria centrada en la panorámica — Acerquen imagen lo más posible. Al Punto Cero de nuestra vertical...

Una serie de ampliaciones sucesivas, desfilaron por la gran pantalla. La última era muy borrosa. Muy turbia, como si una rara neblina ocultara a sus ojos la superficie del mundo...

—Es el máximo posible, señor —fue el informe de Wang Ho.

—No se ve apenas nada..., —Shark arrugó el ceño—, ¿A qué atribuye esa niebla?

—Si realmente fuese Londres en otra época, tendría sentido —rió el oriental, sacudiendo la cabeza con escepticismo. Luego, se tornó serio—. Todos sabemos aquí que NO ES Londres... De todos modos no es la niebla normal de nuestro mundo, ni siquiera la que existía en Inglaterra hace siglos. No, comandante, no sabría explicármelo. Tal vez *Alfa 17* tenga la respuesta...

Shark no dijo nada. Pulsó varias teclas de la computadora gigantesca que regía sus destinos, movía su nave y controlaba sus vidas. Programó la pregunta adecuada, dando los datos que Wang Ho le tendió en una tarjeta perforada. Los demás datos debería obtenerlos la propia computadora desde la exosfera de aquel misterioso mundo.

Las luces se reactivaron en la máquina. Funcionó ésta vertiginosamente, utilizando sus conocimientos almacenados, más los que iba obteniendo de su examen a distancia de la naturaleza de aquel planeta Finalmente, apareció la respuesta en letras fluorescentes, sobre una pantalla electrónica:

«NIEBLA PROVOCADA POR COMBUSTIÓN. POSIBLEMENTE RESTOS. DE UN GRAN INCENDIO. BAJO LA NUBE DE HUMO, DETECTO UNA GRAN CIUDAD. UN LARGO RIO LA CRUZA POR MEDIO. NO. HAY INDICIOS DE ENERGÍA ELECTRICA EN LA ZONA FUERTES INDICIOS DE VIDA INTELIGENTE.».

Se miraron todos entre sí. Todo, era confuso, contradictorio. Un

gran incendio. No detectaba impulsos eléctricos. Sí vida, inteligente. Una gran urbe. Un río en medio...

—Decididamente... TIENE que ser Londres —musitó roncamente el doctor Zake—. Todo coincide. Pero resulta tan increíble...

—Parece que la máquina, con toda su maldita y siniestra sabiduría, no nos saca de dudas. —dijo hoscamente Shark—. Vamos a ver si nosotros resolvemos el enigma... ¿Preparados los voluntarios?

—Preparados —afirmó la profesora Karyl Random fríamente—. Estoy a punto, comandante.

El la miró con fijeza. Preguntó, sereno:

—Profesora, ¿de verdad está dispuesta a acompañarnos a Ilia Yuriv, a Wang Ho y a mí, en esta expedición a esa Tierra real o ficticia que tenemos ante nosotros?

—Le pedí formar parte de ese grupo, excepcionalmente. Sería para mí una grave decepción no haber sido admitida en él. ¿Acaso se arrepiente ya de ello, señor?

—No profesora —suspiró Shark, pensativo. Luego, trató de sonreír alentador—. Vamos ya, amigos. No olviden sus armas. No olviden que no deben ser utilizadas ni exhibidas jamás, salvo en caso, de máxima emergencia y cuando no exista ya ninguna otra posibilidad de salir de problemas.

Asintieron todos en silencio. Se encaminaron a la cabina de proyección de materia, que debería diluir sus cuerpos a bordo y enviarlos a aquel planeta, donde se materializarían. Pero ni allí estarían libres del control de *Alfa 11* sobre ellos. Detectores injertados en su cabeza, mediante una operación subepidérmica, imposibles de destruir o eliminar, mantendrían siempre a cada miembro de la expedición cósmica ligado inexorablemente a la vigilante computadora y, por ende, al Gobierno tiránico del planeta Tierra. Del auténtico planeta Tierra, si es que aquél no lo era.

Entraron en el reducido recinto cilíndrico, con capacidad máxima para cuatro personas capaces de ser teletransportadas.

Luego, un zumbido intenso les hizo vibrar. Una luz radiante se materializó dentro del cilindro. Cerraron sus ojos. Sintieronse repentinamente ingrátidos y como etéreos. Flotaron en una negrura absoluta. La sensación duró escasamente cinco o seis segundos.

Súbitamente, abrieron los ojos. Supieron que habían llegado.

Estaban materializados nuevamente, en un lugar muy distinto a aquel de donde procedían. Miraron en derredor, atónitos.

—Este paisaje... —murmuró Yuriv—. Cielos, no puede ser otro lugar más que... que la Tierra, señor...

El comandante Shark miró en torno, estupefacto. Los verdes prados, las arboledas frondosas, el río serpenteante, amplio, bordeado de espesura... Y más allá... Más allá, edificios. Casas de rojo ladrillo, de tejados de pizarra, formando un amasijo distante. No muy distante, a ambos lados de aquel río. Encima de la ciudad una densa, oscura y pesada nube de humo, parecía formar un enorme palio gris sobre la urbe.

Una rara quietud, una paz sorprendente, una ausencia de edificios modernos y de vertiginosos medios de transporte, intrigó a los cuatro viajeros espaciales.

Advirtieron que estaban en una especie de ancho sendero polvoriento, como un camino vecinal, pero más ancho. Ese sendero iba hacía la ciudad cercana. Huellas en el mismo atraieron la atención de Shark, que se inclinó a examinar las señales en el espeso polvo.

—Ruedas de carro —dijo perplejo—. Carros... Hace siglos que no se utilizan normalmente... Mirad: se captan huellas de herraduras de animales de tiro...

—Esto es muy raro —comentó Wang Ho, estudiando el cielo azul, nuboso la espesa humareda. Olfateó el aire—. Huele a quemado, a pesar de la bella campiña en que nos hallamos ahora...

—Demasiado bella, diría yo —terció vivamente Yuriv—. Ya no recordaba que en nuestro mundo existiera un prado así, ni una campiña tan apacible y hermosa. Uno se siente como en un oasis de paz, amigos...

—Un oasis de paz que ha sido olvidado últimamente por las industrias, las, formas de contaminación, el exterminio de la vegetación en los campos cercanos a las grandes ciudades... No, no lo entiendo —confesó Karyl Random con perplejidad—. No lo entiendo... si es que estamos realmente en nuestro mundo.

—No hay duda de que *parece* la Tierra. Pero todos sabemos que *no puede* serlo —íes recordó secamente el comandante Shark, echando a andar por el sendero polvoriento, camino de la aglomeración urbana que veía en la distancia, no muy lejos de ellos.

—¿Hacia dónde se dirige, comandante? —fue la pregunta sorprendida de su segundo piloto—. Ni siquiera sabemos lo que podemos encontrar por este sendero...

—Sea lo que sea, hemos de seguir adelante, ahora que estamos aquí —habló con tono extraño el comandante—, Ignoro la razón, pero tengo una leve sospecha que me gustaría confirmar...

—¿Una sospecha? —suspiró Wang Ho—. Bueno, eso ya es algo, señor. Yo ni siquiera tengo la menor idea de lo que me rodea, de *lo* que está sucediendo, de lo que nos espera en este lugar, parecido al planeta Tierra, pero evidentemente sólo parecido...

Siguieron al comandante, porque éste no se detenía en su marcha, como si estuviera seguro de que al final de su camino iba a hallar una respuesta, por sorprendente que fuese.

De repente, se detuvo Shark. Quedóse contemplando algo en una encrucijada próxima de caminos. Era como si dudara sobre el camino a seguir. Pero no era así. Lo cierto es que estaba detenido ante un poste indicador, en el que aparecían dos tablas señalando a diferentes caminos.

El sistema de señalización resultaba sorprendente. Muy sorprendente. Sus acompañantes pudieron leer, en letra gótica, dos nombres sobre las diferentes tablas gastadas:

LONDRES. 1 MILLA

READING. 37 MILLAS

Cambiaron una mirada perpleja los cuatro viajeros del espacio. Aquello resultaba increíble.

—Es una señalización digna de otros tiempos —señaló Yuriv—. Del siglo diecisiete al dieciocho, diría yo.

—Exactamente —corroboró la profesora Random— Y ahí cita dos nombres bien concretos: la ciudad, de Londres y la de Reading. Las distancias parecen correctas además.

—Esperen —dijo Shark, aproximándose más al pos te—. Ahí dice algo más en letra gótica más pequeña...

Leyó. Y no dio crédito a sus ojos:

HIGHWAY

—Dios mío... —musitó—, *Highway*... Es lo que dice amigos...

—Camino real... —repitió Wang Ho—. Eso es imposible... Realmente, en esas épocas, era el nombre dado a los senderos principales, a las carreteras más importantes... Estamos en el

camino real hacia Londres... en una época que, evidentemente, NO ES la nuestra...

—Tengo una idea, señor —habló la profesora Random—. Espacio Tiempo. Hemos roto las barreras. Hemos vuelto al pasado, es evidente. A la Tierra en otro momento de la historia, tres o cuatro siglos atrás. De ahí la semejanza, la ausencia de electricidad... De ahí el fuego que ha proyectado esa nube de humo sobre la ciudad...

—¿El fuego? —quiso saber Wang Ho—. ¿A qué se refiere?

—A un incendio histórico —citó ella—. Gigantesco. Un hombre se haría famoso escribiendo sobre él una serie de crónicas...

—Daniel Defoe —recitó despacio el comandante de la expedición, asintiendo ceñudo—. Sí, lo recuerdo. Finales del siglo diecisiete Londres fue pasto de las llamas en sus tres cuartas partes. Daniel Defoe aún era desconocido, no había escrito su famoso Robinson Crusoe... Se le ocurrió la idea de hacer periodismo vivo. Eso le llevó a la fama. Es una idea delirante, pero válida, profesora. Vayamos a confirmarla. Es preciso saber si su teoría es cierta.

—Dios mío, en tal caso... —aventuró con voz indecisa Yuriv.

—En tal caso, amigos míos, nos encontramos en una difícil situación. Podemos viajar por el Espacio, pero dudo que sepamos hacerlo por el Tiempo. Si todo nos fallara..., me temo que quedaríamos aprisionados en este lugar y esta época.

—No puede ser... —Wang Ho sacudió la cabeza, aturdido—. Nuestro trabajo, nuestra misión, señor...

—Ignoro si *Alfa 11* sería capaz de actuar a través del Tiempo —sonrió duramente Shark—. Pero de no ser así, nuestra peripecia tendría el lado malo de tenernos que adaptar a otros tiempos, usos y costumbres. Nosotros, personas de un supercivilizado siglo veintidós, sumergidos en el pasado, en una era sin electrónica, luz eléctrica, aeronaves ni energía nuclear o sistemas de ultra velocidad para la conquista de los mundos... Sería gracioso. Y liberador, amigos. Porque hasta nosotros no llegaría el control superior. Estaríamos, al fin, libres de *Alfa 17*, libres de nuestro destino....

Estaban caminando de nuevo, siguiendo la ruta polvorienta en su dirección hacia Londres. De súbito, Shark giró la cabeza. Hizo, un gesto a sus compañeros de aventura,

—Cuidado —avisó— Alguien viene por la ruta. Ocultémonos,

Nuestra indumentaria provocaría un terror supersticioso entre gentes de esta época...

Se escondieron apresuradamente tras unos matorrales. De un recodo del sendero les llegó el ruido de cascos de cabalgaduras, el rodar de un vehículo...

Momentos después, ante su estupefacción, un carruaje histórico, pasaba ante ellos, en medio de una polvareda, al galope sus caballos de tiro.

Una diligencia.

Una diligencia y un hombre con tricornio, conduciéndola, sentado al pescante. Todos pudieron ver su casaca violeta, su peluca anudada en la nuca, los encajes en sus bocamangas,...

El increíble carruaje del pasado se perdió en otro recodo, sin que ni el Conductor ni los ocupantes llegaran a descubrir a los intrusos de otro espacio y otro tiempo. Estos se miraron con estupor.

—Ya no, hay ninguna duda —señaló roncamente la profesora Random.

—No, ninguna, —admitió gravemente Shark, inclinando su cabeza, presa del desconcierto—. Virtualmente, estamos viviendo entre simples espectros, entre gentes que fueron polvo desde, hace siglos...

—Pero, señor, estábamos de acuerdo en que no podía ser el planeta Tierra... —le recordó Wang Ho—. ¿Cómo ha llegado nuestro mundo a otro Cúmulo galáctico, por muy diferente que sea su época?

—Eso quizá nunca lleguemos a saberlo. Es posible que al atravesar la barrera del Tiempo, nuestra mente y los instrumentos, de a bordo se hayan trastocado, confundiendo los lugares en el espacio, no sé, Wang... Pero debemos seguir hacia Londres. Y procurarnos ropas de esta época antes de que causemos un caos en unas gentes mucho más ignorantes, torpes y limitadas que las de la época que nos ha tocado vivir...

—Serían capaces de quemarnos por brujería, si vieran en nosotros algo anormal o misterioso —admitió Yuriv—. Y más tras ese incendio, que muchos supersticiosos habrán achacado a acciones demoníacas. Recordad que el siglo diecisiete fue una época de oscurantismo y de escasa cultura para el pueblo...

—No lo he olvidado —asintió gravemente el comandante Shark

—.Ni mucho menos.

Poco después, avistaban Londres.

Y, como todos habían esperado, un Londres increíble. Un Londres hecho de viviendas apiñadas, casas de madera, piedra o ladrillo, fachadas con vigas y artesonados, abundancia de miradores y vidrieras emplomadas, calles fangosas, malolientes, por cuyos canales corrían orines y basuras, hornacinas en los muros, algunos con luces de aceite o petróleo, que arderían durante la noche muy débilmente. Tan débilmente, que apenas si servirían de algo en la oscuridad peligrosa de los barrios de un Londres cercano ya al 1700, con su interminable corte de ladronzuelos, espadachines, asesinos de puñalada trapera y embozados de siniestra catadura.

—No podemos entrar con estas indumentarias...

Shark detuvo a sus tres compañeros junto a un edificio de ladrillo, con un corral inmediato, en los arrabales de la ciudad. EL aire olía a quemado, en una mezcla desagradable con el aroma ingrato de letrinas y basuras.

—¿Qué podemos hacer? —indagó Yuriv—. No veo por aquí sastrerías ni tiendas. Además... no llevamos dinero de la época. Entonces corrían las monedas de oro o plata,

—Existe un medio: ocultarnos en alguna parte y esperar a la noche. Entonces intentaremos aprovecharnos de la oscuridad para asaltar a unas cuantas personas y vestarnos adecuadamente

—¿No sería mejor intentar el regreso a la nave? —apuntó Wang Ho

—No, sin antes investigar qué ha podido suceder para que esto fuese posible. No entraba en nuestros, cálculos, pero investigar el pasado, mezclándose con *él*, será una experiencia que no todos los astronautas conseguirán fácilmente. No dejemos.: escapar, la ocasión, una vez aquí

—El pasado... —suspiró Yuriv—. Si, al menos, hubiéramos llegado un poco más tarde, en la época victoriana... Ya había luz de gas, ciertos refinamientos... Esa ha sido una época que siempre me gustó. Hubiese sido maravilloso conocerla directamente

—Lo mismo dirá el doctor Zake, cuando regresemos y conozca la experiencia, —rió suavemente la profesora Random—. El es un enamorado de esta época en que hemos ido a parar... Yo sin embargo, preferiría ya otros tiempos, con luz eléctrica, con algo

moderno, aunque hubiera sido en plena Guerra Mundial, allá en el siglo veinte...

—Tenemos que conformarnos con vivir este, momento, amigos— cortó Shark, con voz tajante—. Ahora, vamos a ocultarnos. Procuraremos descansar hasta qué oscurezca. Y esta noche, obtendremos ropas adecuadas para no llamar la atención a estas gentes...

Todos estuvieron de acuerdo.: un rincón del corral inmediato, bajo el techo de un abandonado pajar, les sirvió, de refugio hasta el anochecer. Se durmieron, a la espera de una noche de ajeteo, y posiblemente de un regreso accidentado a su nave, a su Tiempo...

Era ya oscuro sobre Londres cuando despertaron. Shark zarandeó suavemente a los demás. Había sido el primero, en despertarse. Sus ojos, en la penumbra, brillaban de excitación.

—Vamos —dijo en un murmullo—. Ha llegado el momento.

Sigilosamente, para no ser descubiertos por el dueño de la vieja casona en donde se habían metido, los cuatro :viajeros del. Tiempo y del Espacio abandonaron el granero, La oscuridad, era profunda. La niebla, muy densa. Pero, cosa rara, no olía ya a quemado. Tampoco el hedor de basuras y detritus era perceptible.

—Ha caído una niebla muy espesa —señaló la profe sora Random—. Va a ser difícil guiarse en una noche así, comandante,

—En efecto. Tendremos que ir muy precavidos. Pero también la niebla nos será de ayuda a nosotros, puesto que nos protegerá mejor de miradas indiscretas. En marcha, amigos Ardo en deseos de conocer este prodigio por mí mismo...

En realidad, a todos les ocurría igual. Le siguieron resueltamente. Parecieron bruscamente desorientados... Hubieran jurado que, no había edificios tan próximos a la casa elegida para ocultarse. Sin embargo, estaban ya en plena calle oscura, deambulando por la niebla, muy unidos todos para no extraviarse.

Un halo de luz azulada bailoteó allá, ante ellos, entre la bruma. Sorprendido, Shark se detuvo. Alzó una mano.

—Esperen —silabeó No lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende, señor? —se inquietó Wang Ho.

—Esa luz... Es una luz *de gas*... ¡Una farola de alumbrado!

—¿Farolas de gas en 1690? —dudó Yuriv— ¡Imposible! Tal vez se trate de otra cosa, comandante....

No, no era otra cosa. Se habían acercado a ella. Era luz de gas. Un farol público. Shark miró a sus pies, el suelo empedrado, brillante como: charol, negro. En alguna parte, rodó un carruaje....:

—No lo entiendo —manifestó roncamente—. No tiene sentido...

Se calló, apremiando a sus compañeros para ocultarse. Por la acera, venían dos personas hablando entre sí. Se echaron atrás. Descubrieron un callejón oscuro, con una entrada formando arco. Se ocultaron en él.

Las figuras que avanzaban eran un hombre y una mujer. Las largas faldas de ella rozaban el suelo. Taconeaba rápida. Junto a ella, él hombre pisaba con pesadez. Era alto, recio. Un casco brillaba: en su cabeza. Vestía de azul: oscuro. Era un uniforme. Tal vez un policía... Pero Shark no logró relacionar aquel uniforme con los tiempos de Daniel Defoe.

—Es muy amable en acompañarme, sargento —decía la voz aguda de la mujer—. No sabe el alivio qué me produce su compañía...

—Ninguna mujer debería salir en noches así, Peggy —sonó el vozarrón del policía—. Es peligroso. Muy peligroso. Ese monstruo anda suelto por Whitechapel, y todas peligráis yendo solas o dejando que os acompañe un tipo desconocido...

—Cielos, sargento, no me lo recuerde —tembló la voz de ella—. Me horroriza la sola idea de pensar que Jack el *Destripador* pudiera... pudiera encontrarme sola en la calle y...

Se perdieron sus pisadas, sus voces, sus figuras, por la espesa niebla que envolvía la ciudad. Shark, estupefacto, se volvió a sus compañeros. Un silencio profundo, incrédulo, reinaba en el oscuro callejón.

—Dios mío... —murmuró la profesora Random—. Jack el *Destripador*...

—Sí, eso dijeron —suspiró Shark, impresionado—. Por tanto, ya no estamos en los finales del siglo XVII sino en 1888, exactamente. En plena época victoriana...

Y sus ojos buscaron el rostro de Ilia Yuriv, casi difuminado en la bruma. El piloto, que manifestara sus preferencias por esa época precisamente, mostraba una palidez intensa en su rostro.

CAPITULO IV

ABANDONARON la pequeña sastrería por su puerta posterior, a una callejuela, angosta y solitaria. Parecía como si unas personas diferentes hubieran suplantado a las que llegaron allí poco antes. De los atavíos espaciales, de colorido brillante y tejidos plásticos, no quedaba absolutamente nada. En su lugar, levitas, pantalones ceñidos, botines, sombreros de copa alta... Y crujientes faldas, largas y amplias, para la profesora Random, cuya dorada cabeza se remataba con una pamelita haciendo juego.

En bolsas de terciopelo guardaban, plegados hasta lo inverosímil, sus livianos y futuristas atavíos. En su bolsillo iban su arma y su proyector de materia, para el momento adecuado.

—Es usted más bella y atractiva con ropas de mujer de otros tiempos que con su indumentaria espacial, profesora —ponderó Wang Ho, risueñamente

—Es muy amable, Wang —fue la respuesta de ella, con su habitual sequedad.

—No es amable, profesora —replicó a su vez el comandante— Le ha dicho la pura verdad. La encuentro tan hermosa, tan femenina y llena de encantos... Deberíamos haber nacido y vivido en otros tiempos, ciertamente. —Todos son muy amables conmigo —aun con su habitual aspereza, no tuvo más remedio que mostrarse con una leve sonrisa cortés—, Gracias a todos. Pero ahora no soy yo la importante. Ni mi posible belleza, amigos.

—Cierto —admitió Yuriv Debemos explorar... Esto resulta tan increíble, tan fuera de lo normal...

—Usted tuvo razón, Yuriv, en lo que ha dicho —asintió gravemente Shark—. Va a ver su época preferida. Está viviendo el gran sueño imposible de su vida. Pero aparte de todo eso, tenemos

que saber lo que sucede. Saber por qué hemos viajado al pasado, por qué la Tierra está donde no debe de estar y, sobre todo, por qué en sólo unas horas qué hemos descansado volvimos a dar en el Tiempo un salto inverosímil, de casi doscientos años

Ese es el punto más enigmático de todos —murmuró apagadamente Wang Ho—. No es posible que viajemos por el Tiempo cuando estamos *fuera* de nuestra nave. Es ilógico, científicamente imposible.

—A menos que se haya alterado incluso nuestra propia naturaleza, al salvar ese abismo de siglos —susurró Ilia Yuriv, preocupado.

—Es mejor no hacer más especulaciones —les replicó el comandante Judd Shark, con tono seco—. Sólo perdemos el tiempo, y no ponemos absolutamente nada en claro. Tengo una vaga idea sobre algo, pero es demasiado grotesco, demasiado fantástico para aceptarlo inmediatamente. Exploremos este Londres otoñal, del año 1888, cuando el Destripador aterrorizaba las calles de la ciudad, y veamos si la Inglaterra victoriana resulta tan seductora cómo usted imaginó, amigo mío. Echaron á andar. El comandante se situó junto a la profesora Random. Está no dejó de notar su proximidad. Con cierto sarcasmo, apuntó:

—¿Quiere convertirse en mi guardián, señor? ¿Acaso teme que, por ser la única mujer de la expedición, pueda peligrar a manos del temible Destripador?

—Es una posibilidad, profesora, aunque a usted le sirva de motivo de burla.

—No me burlo comandante —los ojos color ámbar de ella se fijaron penetrantes en su superior—. Sencillamente, estaba pensando que, si en esta fecha yo no había nacido, difícilmente el Destripador podría asesinarme. El que no ha nacido, no puede morir

—Juega usted con factores físicos tangibles. Piense que estamos en otra época, lo cual significa que de algún modo, se ha alterado el orden establecido. La lógica ha perdido gran parte de su valor, al menos para nosotros. En un trance así, vale más prever toda clase de riesgos,

—Es usted muy caballeroso conmigo, comandante..., —sonrió ella, irónica—. Verdaderamente, creo que en caja más: en esta época que en la que le correspondió nacer.

—Y usted quizá debería aprender un poco de este período de tiempo, mitad dramático, mitad romántico, para convertir su capa helada de mujer dedicada a la Ciencia, en una mayor sensibilidad a los problemas, de su sexo y a su propio atractivo como mujer.

—¿Eso es una orden? —le desafió ella, algo brusca.

—No —negó Shark con un suspiro—. Hay cosas que deben hacerse por convicción, no por disciplina, profesora Random. Además... tal vez ni siquiera tenga oportunidad de aprender feminidad de sus antepasados de la era victoriana

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Si mis sospechas, son ciertas, es muy posible que esto dure tanto como duró aquel Londres del siglo XVII.

—¿Teme que viajemos pronto a otra época?

—Temo que... Oh déjelo, es igual. De cualquier modo, mis sospechas no tienen todavía fundamento. Esperemos. Esperemos aún. Pero no se sorprenda si, en determinado momento, usted ve cumplido uno de sus sueños personales profesora.

—¿Uno de mis sueños? ¿A cuál se refiere? —se detuvo ella bajo una farola de gas, junto a un *pub* cercano, a través de cuyas vidrieras brotaba luz amarillenta, humo y gritos y risas de hombres ebrios y mujerzuelas de la noche. Shark contempló aquel establecimiento que sólo había podido imaginar en su mente, a través de lecturas sobre aquellos tiempos tan diferentes al suyo propio, frío, aséptico, funcional y automatizado Su respuesta fue extraña e inquietante:

—Usted desea conocer el pasado inmediato del mundo. Los tiempos en que ya había ciertas comodidades y existía la electricidad pero, cuando el hombre no había soñado aún en viajar por los espacios, aunque estaba á punto de hacerlo y los cohetes destructores llegaban ya a las ciudades en guerra,... Pues no le sorprenda llegar a conocerlo muy en breve así como, también conocer, quizá, lo que será el mundo cuando el Hombre ya no exista en él. Sigamos por favor. Creo que estamos llegando al centro de Londres, y el Destripador no nos ha inquietado todavía...

Frente a ellos, emergiendo de la niebla una serie de luces de gas y escaparates iluminados con lámparas de keroseno o del propio gas urbano, parecía confirmar esa indicación del comandante Judd Shark.

Era el centro de la capital. Un Londres con luz de gas y niebla densa sobre los suburbios mal alumbrados y peor vigilados. Un tiempo pasado al que habían llegado en su extraño tránsito los cuatro hombres de la Supernave 1.009. Una época que iban a conocer en aquella insólita visita desde el futuro.

—No sé, lo que harán ustedes, comandante —dijo de pronto Ilia Yuriv—. Ni sé si piensa prohibírmelo, pero quiero ser libre. Libre, en cualquier lugar y época. No seguiré obedeciendo a una computadora ni a un gobernante situado muy lejos en el espacio y en el tiempo, ahora. Tendrá que matarme señor, si quiere evitarlo. —Evitar... ¿qué, Yuriv? —preguntó Shark, ansioso.

—Mi desertión, señor... —afirmó su piloto, muy serio—. Me quedo. Me quedo aquí ocurra lo que ocurra. Es una rebelión entiéndalo. Me niego a obedecer. Prefiero, morir en esta época, con todos sus problemas y sus males, que malvivir convertido en un robot humano. Ahora sí quiere, disparé sobre mí. Estoy dispuesto a morir si es preciso, antes de seguir obedeciendo.

Le miró su superior, asombrado. Con gesto perplejo.

—¿Está hablando totalmente en serio Yuriv? —preguntó secamente.

—Por completo, señor —afirmó él rotundamente—. Es usted mi, superior. Por tanto, puede disparar y eliminarme. O informar al Poder. En ambos casos será lo mismo, y usted bien lo sabe. Pero prefiero eso a seguir obedeciendo, callando y sufriendo...

—Yuriv, usted sabe que morir no es siempre lo peor. Morir es terminar. Morir es dejar de sentir totalmente. Eso no es precisamente lo que sucederá si usted se rebela, no ya contra mí sino contra ellos, los gobernantes.

—Aquí, *Alfa 17* no puede hacerme nada, estoy seguro. Esa maldita máquina no está programada para moverse en el. Tiempo. Es lo único en lo que ellos no pensaron.

—Yo que usted, Yuriv, no estaría tan, seguro —susurró él comandante Shark—. Píense que no tenemos experiencia previa alguna que nos permita tener una convicción al respecto. Si la hubiera usted sabe que yo sería el primero en desertar. En abandonar la obediencia ciega, obligada, a los tiranos que nos dieron a elegir entre la prisión y la muerte por un lado, y el viaje cósmico sin retorno por el otro... No les dejaría a ustedes en

ninguna estacada, desde luego. Lucharía junto a ustedes. Pero todos por la libertad, no por la tiranía... Pero recuerde que un acto rebelde, una sedición, trae inmediata respuesta. El primer aviso es un ataque al cerebro, capaz de aterrorizar al más valeroso. El segundo convierte al hombre en un desecho viviente, en un ser aniquilado, con el cerebro destrozado y la voluntad y la inteligencia reducidas a cero. ¿Quiere correr ese riesgo seriamente, Yuriv?

—¡Sí! —aulló estentóreamente Ilia Yuriv, en aquel paraje londinense, de finales del siglo XIX—. ¡Quiero ser libre! ¡Al precio que sea, comandante Shark!...

Y arrojó al suelo empedrado, charolado por la, humedad, su bolsa conteniendo todo cuanto constituía su equipo de astronauta. Echó a correr hacia aquellas luces, hacía una vida que no era la suya, hacia un tiempo que no le correspondía, pero que escogía ciegamente.

Judd Shark le contempló en silencio, sin imponerle su autoridad, sin impedirle la deserción del grupo. Aquello duró unos instantes. Un tiempo muy corto Tremendamente corto...

Un alarido brotó de labios de Yuriv. Se detuvo, como si algo provocara en el un calambre estremecedor,: una convulsión epiléptica. Se agitó, aullando, llevándose las manos a la cabeza. Cayó de rodillas, sollozando, presa de un dolor evidentemente incontenible.

Hundió su cabeza entre ambas manos, pidiendo terminar de sufrir jadeando maldiciones y súplicas, al mismo tiempo. Shark miró a la profesora, a Wang Ho...

En una esquina inmediata aparecieron dos *policemen* londinenses. Se quedaron mirando con perplejidad a Yuriv. Luego, apresuraron su paso hacia él. Uno se llevó a los labios un silbato que hizo sonar con estridencia.

—Tal vez sea el Destripador —avisó el otro, cauto—. Si es un demente asesino, puede ser víctima de una crisis...

Shark comprendió que debía hacer funcionar de prisa sus ideas, si quería encontrar una salida a la difícil situación provocada por la acción terrible del mecanismo diabólico injertado por los cirujanos de su época y de su mundo en el cráneo de cada uno de los setecientos viajeros del espacio enviados hacía los astros a bordo de la Supernave 1.009.

Los dos *policemen* estaban ya junto a Yuriv. Iban a arrestarle como sospechoso. Otro silbato se escuchó por allí cerca, en las callejuelas inmediatas, del siniestro barrio de Whitechapel. En pocos momentos, habría allí una auténtica legión de policías.

* * *

—¿Qué podemos hacer, señor? —preguntó Wang Ho inquieto.

—No podemos dejar a Yuriv así —musitó la profesora Random, muy pálida—. No es libre. Incluso aquí, *Alfa 17* y sus rectores pueden controlarnos y dominarnos, ya ha visto... Si esos policías le capturan, tratará de explicar la verdad. Le tomarán por loco... Y la acción aniquiladora del computador caerá sobre él inexorablemente, convirtiéndole en una piltrafa viviente...

—Lo sé, lo sé... —Shark se mordió, el labio inferior, inquieta la expresión, mientras los policías trataban de sujetar y reducir ahora a Ilia Yuriv.

No había otro camino. Extrajo su arma. Era un recurso supremo, pero debía llevarlo a cabo. Le miraron con temor sus compañeros.....

—Puede ser muy peligroso, señor—dijo Wang Ho—. Además será un crimen, aunque esos dos hombres haga siglos que murieron realmente...

—No voy a disparar a matar —dijo el comandante con, frialdad—. Sólo la carga de *shock*; y que Dios nos ayude

Alzó el arma, graduando a nivel de simple impacto de *shock*, como dijera. Luego, hizo dos disparos.

Dos proyectiles silenciosos brotaron de su arma. Esta emitió dos destellos anaranjados que se volvieron intensamente azules al tocar a los *policemen* ingleses. Asombrados, éstos contemplaron el destello azul en sus cuerpos, y notaron un hormigueo epidérmico cuando los suaves proyectiles indoloros penetraron en sus poros. Un repentino desvanecimiento se apoderó de ellos

Cayeron pesadamente, pero con dulce expresión de sorpresa, de no entender nada. Sus cuerpos fornidos quedaron tendidos en el empedrado. Yuriv miraba con in decisión a Shark. Este le apremió, en tanto sonaban pisadas recias en las proximidades, y los silbatos policiales se repetían de calle en calle:

—¡Vamos, vamos, Ilia! ¡No puede escapar, ahora lo sabe! No merece la pena sacrificarse ahora estúpidamente! ¡Síguenos ya

trataremos de conseguir algo para evadarnos alguna vez de lo que nos domina, pero no ahora! ¡El poder de la computadora va más allá de todo espacio y de todo tiempo, por desgracia para nosotros!

Yuriv pareció entenderlo ahora más claramente. O quizá tuvo miedo. Lo cierto es que echó a correr. Se reunió con sus compañeros. Shark guió al terceto hacia la oscura boca de una callejuela angosta y sinuosa, alejándose definitivamente del centro de Londres y de su posible fascinación victoriana. Picadilly, el Strand, Old Bond y los demás lugares de moda en su tiempo, seguirían siendo por el momento una perfecta incógnita para todos ellos....

—¡Por ahí! —oyeron gritar a una recia voz a sus espaldas, cuando apenas si habían sido engullidos por la negrura del callejón—. ¡Son varios y han escapado por esa calleja!

—Nos han descubierto —masculló Shark, irritado—. Tenemos que burlarles como sea... No quiero terminar mis días en Newgate, entre prisioneros torturados, hambrientos y famélicos, hundidos en oscuras mazmorras de por vida... Las glorias de la reina Victoria me tienen sin cuidado, como la soberbia poderosa de nuestros tiranos del siglo XXII. En este mundo o en otro idéntico, perdido a miles de millones de años luz.

La carrera se hacía difícil. Varios policías seguían sus pasos, y a sus llamadas otros muchos debían estar rodeando la zona, para impedirles huir.

—No podemos usar las armas mortíferas —dijo entre dientes el comandante Shark—. De modo que habrá que eludir a esos agentes o nos veremos en serios problemas.

—Tenemos un recurso —le recordó Wang Ho—: regresar a la Supernave... Bastará con utilizar el transportador portátil, y...

—Para eso, siempre hay tiempo —suspiró Shark—. Quisiera saber más sobre este viaje en el Tiempo, estar seguro de que, realmente, es lo que imagino. La acción sobre la mente de Yuriv ha confirmado mis temores.

—¿Temores? ¿Qué temores? —quiso saber Wang Ho, sin dejar de correr sobre el resbaladizo suelo empedrado de la callejuela sinuosa, serpenteante entre edificios lóbregos, fachadas húmedas y puertas y ventanas herméticamente cerradas, acaso por temor al. Destripador.

—Hablaremos de eso más adelante sí salimos de este apuro,

Wang. —prometió Shark, al tiempo que, a sus espaldas, ya no se oían silbatos policiales ni ruido de pasos.

De repente, un extraño silencio les rodeaba. Era tan súbito, tan: profundo que les causó una instintiva sensación de terror. Se detuvieron los cuatro, jadeantes. Karyl Random giró la cabeza en torno, como buscando un ruido, un sonido, algo.

La oscuridad era absoluta. La niebla parecía haberse espesado, tanto, que formaba parte de las propias tinieblas. Shark notó algo raro bajo sus pies. Golpeó con el tacón del zapato, y comprobó que ya no pisaba suelo empedrado, sino liso, regular. Como un asfaltado.

Un nuevo ruido suplió a los silbatos policiales. En la oscuridad impenetrable, captaron todos, el estridente sonido ululante, procediendo de alguna parte. Sobre sus cabezas hubo un repentino ronquido ominoso y lejano, qué fue aproximándose por momentos.

Luego, de súbito, estalló el infierno. La oscuridad se llenó de luz rojiza cuando algo estalló, con potente estruendo en alguna parte. Sobre sus cabezas, en el oscuro cielo, comenzaron á fulgurar haces de luz blanca, taladrando las nubes... Estallidos de negro humo salpicaron el celaje. El ronroneo se hizo más y más cercano. Nuevas explosiones, llegaron a ellos, desde calles cercanas. El resplandor de un incendio se hizo ostensible a menos de dos manzanas.

De repente, de alguna parte, llegó el, ruido de bocinas de viejos automóviles, alarido de sirenas de ambulancias..., Shark clavó sus ojos en el cielo, en los proyectores de luz. Captó la silueta de algunos aviones de otro tiempo sobrevolando Londres, entre estampidos negruzcos, Antiaéreos. Aviones «Stuka» con la cruz gamada. La Luftwaffe de los años cuarenta... ¡en el siglo xx!

—Cielos profesora —buscó los ojos color ámbar de Karyl Random, y los encontró, tan abiertos y asombra dos como los de él mismo—. Lo hemos encontrado..., Su tiempo predilecto, sin duda alguna. Como usted lo imaginó... Londres, en la mitad escasa del siglo xx... La Segunda Guerra Mundial. El inicio de otra época diferente a las demás...

—Dios mío... —susurró Yuriv—. ¡Y hemos pasado de una época a otra sin transición, sin advertirlo siquiera, mientras corríamos, huyendo de los policías de la era victoriana! ¡Esto no tiene sentido, comandante, no puede estarnos sucediendo algo así!...

—Pero ocurre. ¡Y valdrá más que nos ocultemos pronto en algún refugio! —gritó Shark, justo cuando una bomba estallaba muy cerca de aquel punto, y se captaba el estampido ensordecedor, el derrumbamiento de un edificio, gritos de terror humanos....

Otra vez a la carrera. Por un Londres a oscuras, entre ruinas, sirenas de alarma, voluntarios de Auxilio Civil, bajo los focos y estallidos antiaéreos, la defensa contra los raids nazis...

Como un caleidoscopio inverosímil y absurdo, estaban pasando de siglo en siglo a vertiginosa velocidad. La teoría de Shark se iba perfilando más y más por momentos. Creía ir entendiendo muchas, muchísimas cosas. Pero la teoría seguía siendo, al menos para los demás, realmente demencial e insólita. Por eso no se atrevía a exponerla.

—Si vuelven las luces, señor... —recordó Wang Ho Verán que llevamos ropas de la época victoriana. ¿Qué pensará la gente?

—Podríamos, explicar, eso diciendo que estábamos en un baile de disfraces, pero lo malo de esta época es que hay una psicosis de espías, temor a cualquier extranjero..., y ellos notarán que somos extranjeros, que no hablamos como ellos hablan.

—Usted... usted es inglés, comandante — le recordó Yuriv.

—Claro. Pero de otra Inglaterra muy diferente a ésta. Una. Inglaterra perteneciente, a la. Federación Mundial de potencias del Siglo XXII bajo control absoluto del Poder Supremo. Es decir nuestra maldita sociedad del futuro. Y ese inglés, Wang, es muy distinto al que pudieron hablar mis compatriotas dos siglos antes... En aquellos momentos, como cumpliéndose los temores de Wang Ho, un potente destello de luz les envolvió. Se detuvieron sobresaltados, mirando a aquella claridad fijamente. Alguien exclamó: — ¡Por todos los diablos! ¿Qué estoy viendo? ¿De dónde vienen ustedes vestidos así?

Shark, pese a lo que comentara fue el encargado de responder, con una amplia sonrisa:

—Nos sorprendió el ataque. Salíamos de una fiesta privada. Disfraces, ¿comprende?

Había procurado utilizar un inglés similar al de dos siglos atrás. Y las menos palabras posibles, para no incurrir en fallos. El de la potente linterna asintió con viveza,

—Claro, amigo —afirmó—. No podía ser otra cosa... Bueno,

harán bien en venir por aquí. Esos malditos nazis están pegando fuerte esta noche... Ya es la cuarta oleada, en menos de dos horas... Vengan por aquí. Soy de la Defensa Civil. Les conduciré á un buen refugio, amigos.

Le siguieron dócilmente, tras cambiar, una mirada de mutua perplejidad. No podían hacer otra cosa. El gordezuelo londinense, con brazalete de la Defensa Civil bien visible les guió, linterna en mano, hacia un refugio subterráneo de la vecindad, entre cascotes, humareda y automóviles parados, abandonados por sus conductores. Todos eran viejos modelos, perdidos en el tiempo. Modelos de dos siglos atrás, cuando los automóviles aún iban con gasolina y tenían aquellas formas monstruosas, pesadas y torpes, tan lejanas de la aerodinámica de otros tiempos, como podía serlo la de nuestra época, en el siglo XXII.

El comandante Shark estaba convencido de que aquella era, justamente, la época de la Segunda Guerra Mundial. Todo coincidía. Londres bombardeado, los «Stuka» nazis, el clima de ruinas y de terror, la defensa antiaérea...

La época que a Karyl Random le hubiera justado conocer. Ya la conocía...

Pasaron junto a una ambulancia, un edificio en llamas y una serie de personas con el casco y el brazalete de voluntarios de la Defensa Civil. Estaban ocupándose de evacuar heridos y, posiblemente, también muer tos. Nuevas bombas estallaban en la distancia, iluminando trágicamente la noche de Londres.

Al lado, la boca de un refugio subterráneo se abría entre ruinas, no lejos de la entrada de una estación del *underground*. Unos miembros de la Defensa Civil cuidaban del acceso de los refugiados a las galerías preparadas bajo el suelo londinense. Les miraron extrañados al: descubrir sus ropas.

Un simple comentario de Shark aclaró las cosas:

—Un buen baile de, disfraces estropeado

Les hicieron, entrar, sin más explicaciones. Descendían por unas escaleras angostas, que se fueron tornando húmedas a medida que descendían al subsuelo. De trecho en trecho, una bombilla, amarillenta brillaba en una especie de larga guirnalda sostenida por una serie de cables sujetos al chorreante muro. :

Finalmente, llegaron al fondo. Otro miembro de la Defensa Civil

les entregó mantas y, unas pequeñas velas, por sí querían luz individual durante un corto rato. Se les acomodó en una galería húmeda, lóbrega y sombría, que dijeron iba a comunicar con los túneles del *underground*. Por encima de ellos temblaba el suelo, agitado por los impactos de bombas alemanas. Para ellos, era el techo...

Shark se dejó caer con un susurro sobre su propia manta. Miró de soslayo. A un lado estaban Wang Ho y Yuriv. Al otro... Karyl. La profesora Random.

Parpadeó el comandante. Karyl se encogió de hombros, abriendo mucho sus bellos ojos ambarinos, Hubo un corto silencio entre ellos. Lejano, pese a su vecindad, les llegaba el murmullo de cientos de refugiados, hacinados en los túneles del refugio contra los bombardeos.

—Su época favorita no es demasiado agradable, profesora —hizo notar Shark secamente.

—¿Alguna lo ha sido, realmente? —objetó ella.

—No, tal vez no —suspiró el comandante—. Ni si quiera la nuestra. Esa quizá menos que ninguna otra... Pensé que algo en el pasado podía ser mejor.

—Y...¿en el futuro? —sugirió ella.

—El futuro... —Judd Shark inclinó la cabeza—. ¿Qué futuro? ¿El nuestro? ¿Otro más remoto todavía?

—Nuestro, futuro. No *nuestro* presente, sino lo que vendrá *después* de nosotros..., En suma, el futuro de *todos*. A eso me refería, comandante

—Sí, lo entiendo. Yo, he pensado mucho en ello. Tanto... tanto, que a veces siento miedo, profesora.

—¿Miedo? ¿Por qué? —se extrañó ella. —No lo sé. Nunca tuve miedo a nada. Me enseñaron a perderlo. Pero... pero pienso si terminaré por saberlo que sucederá dentro de de muchos siglos.

—Nuestra vida en la Supernave no durará eternamente, comandante. Un día, seremos excedentes de número. Seremos los de más edad. Y la computadora será inexorable, Dará nuestros nombres....:

—No hablaba de *ese* futuro profesora. Me refería a otras cosas. A otros: momentos en otro lugar qué no fuese la Supernave.

—¿Dónde?

—En... la Tierra.

—¿Aquí?

—En la tierra—sonrió Shark, irónico—. Si es aquí... pues *aquí*. Pero eso está por ver.

Karyl Random le contempló fijamente. Sus ojos revelaban una gran turbación. Su ciencia se tambaleaba por momentos. Su frialdad de siempre, también. Acaso empezaba a enfrentarse con demasiadas cosas inexplicables. Como dijera un antiguo clásico en su mundo, no todas las cosas del mundo las explicaba una simple filosofía...(1)

(1) *Alusión a una frase de Hamlet, pronunciada por éste ante su amigo Horacio.*

—Es usted enigmático, comandante —dijo ella, despacio—. Muy enigmático. Nunca le vi tan extraño, tan evasivo y a la vez tan lleno de vaguedades en sus comentarios...

No puedo hablar de otra forma —dijo Shark gravemente—. No por ahora..., pero le prometo ser más explícito si las cosas terminan siendo como yo creo.

—Y... ¿cómo creé usted? —indagó la profesora Random con viveza.

Arriba seguían las bombas, las explosiones. Siguió un profundo silencio. Largas sirenas de alarma continuaban emitiendo su aullido metálico en la noche. Alrededor de ellos, en la oscuridad del túnel, apenas si eran visibles los cuatro, como vagas sombras. Más allá de la claridad de sus pequeñas luces individuales, junto a las mantas de refugiados de emergencia, apenas si era perceptible la presencia de los demás. Sólo algún murmullo, algún vago rumor, algún comentario. Y algún rezo. Sólo eso...

Permanecieron en silencio. Shark se sentía cansado, agotado. Eran demasiadas emociones seguidas. Hubiera sido fácil volver a la Supernave, someterse a la acción del proyector de materia. Pero había algo por aclarar aún. Algo por lo que estaban allí. El misterio de un mundo que parecía ser la Tierra en un punto donde *no podía* estar la Tierra.

Y eso había sido sólo el principio. Luego, estaban otros muchos misterios. El Londres incendiado de Daniel Defoe, el Londres siniestro del Destripador y de la reina Victoria. Ahora el Londres de una guerra mundial estúpida y sangrienta como pocas.

Épocas, momentos, tiempos diferentes... Todo en un tránsito

fugaz, inexplicable. ¿Tiempo, Espacio... o ambas cosas a la vez, en una sublevación de todos los principios establecidos? Él orden roto, la lógica triturada...

Sí. Mucho por aclarar. Mucho. Sobre todo, si su teoría, era cierta. Y para que lo fuese ¿hacía falta otra prueba más. Otro paso. El último El definitivo.

Se quedó dormido. No supo, cuánto...

Al despertar, no sonaban sirenas. :Ni bombas. Nada. No había señales de vida alrededor. Shark se irguió, sobresaltado Exhaló un gemido ronco, pasándose la mano por un rostro bañado en sudor.

Las luces se habían extinguido. La humedad y el frío eran ahora más ostensibles. También la oscuridad. Shark habló en voz alta:

—Profesora... Wang... Yuriv...

Silencio. Nadie respondió. Por un momento, temió estar sólo. Total, absolutamente solo. Ya ni siquiera se escuchaban murmullos o voces. Lo cierto es que, alrededor suyo no se percibía nada, ni la más leve huella humana, ni la más ligera señal de vida.

Por fin algo, le confortó. Era la voz de Ilia Yuriv. Sonó muy cerca, muy apagada:

—Sí, comandante... Estoy aquí. Me siento me siento como amodorrado...

—Yo también —admitió Shark, con voz ronca—. ¿Y los demás?

—Todos están bien. ¿Qué le preocupa, señor? Estamos en este refugio, rodeados de gente. Ya no suena la alarma... Debemos salir, no hay duda. El bombardeo terminó.....

Shark no dijo nada. Se puso en pie desentumeciendo sus músculos. Escuchó, tratando de captar algún ruido. No lo logró El silencio le pareció demasiado profundo. Dio unos pasos, tras encender el pequeño pero nítido foco de luz, de su lámpara espacial portátil Descubrió a Karyl, a Wang y a Yuriv...Y a nadie más.

Estaban solos. Totalmente solos en el refugio antiaéreo.

—No lo en tiendo... —masculló. Wang Ho, frotándose los ojos—. Debieron irse todos mientras dormíamos... ¿Tan cansados y soñolientos estábamos? _t —Quizá Lo que no veo es la comunicación de este túnel con el *underground*

Y era cierto lo que decía Shark. La luz revelaba una galería cerrada al fondo, de alto, altísimo techo, totalmente de hormigón. A todos les había parecido más angosta y breve en el momento de

descender al refugio.

La luz de Shark se dirigió a los escalones ascendentes. Le sorprendió un poco que fuesen:, metálicos y no de piedra, como le había parecido advertir antes. Echó a andar. Comenzó a subirlos. Todos le, siguieron No hallaban a nadie en su camino. La salida, del refugio estaba libre.

Cuatro personas con ropas victorianas, camino de una salida en los años, cuarenta, del siglo xx, ya resultaba de por sí extraño. Pero Shark temía algo peor mucho peor. Algo que estaba fuera en el exterior. Algo que ya antes estuvo en su mente. Y que, ahora presentía con increíble fuerza...

Cuando una puerta metálica se abrió bajo su presión, cuando un sol crudo y cegador casi logró deslumbrarles, el presentimiento se hizo realidad.

Salieron afuera. A Londres. Al lugar donde les sorprendiera el bombardeo nazi de los años cuarenta...

Miraron alrededor. Wang lanzó una exclamación de horror. Ilia Yuriv se tambaleó, gimiendo algo entre dientes. La profesora Random se quedó mirando al exterior durante largo rato. Un silencio profundo, infinito casi, se hizo entre ellos. Luego, lentamente, se volvió hacia el comandante. Y le preguntó con voz quebrada, tembló

—Comandante... ¿era *esto* lo que usted temía? Shark afirmó despacio amargamente. —Sí, profesora —dijo—. Era esto... Ahora, ya he confirmado mí teoría. Lamentablemente... la he confirmado ahora mismo.

Todos ellos miraban alrededor suyo. Buscando algo. Sin encontrarlo,

Porque ya no había nada. No quedaba nada. Soto una extensión inmensa, liana, infinita... Bajo sus pies, las cenizas se agitaban bajo un viento cálido y seco El cielo nuboso dejaba pasar los rayos solares, crudos y cegadores.

Un llano sin fin. Sin horizontes. Sin colinas, sin edificios, sin vegetación. Todo gris, todo muerto, todo metálico...,

Con una excepción. Una sola.

Frente a ellos, un obelisco chato, de metal, sobre un soporte de piedra. En torno, esqueletos humanos. Calaveras descarnadas, blanqueadas al sol lívido de un ardiente día.

Y en el obelisco, una inscripción. Unas pocas palabras grabadas.
*«Los últimos supervivientes de la Tierra a la posteridad.
Nuestro fin llega, tras el caos final.
Londres, 15 de noviembre de 2.458.»*
Sólo eso.....,

CAPÍTULO V

—SÓLO eso...

La voz de Wang se perdió en el calor, el sol y el vacío, como un jirón más de vida, acaso el último. O uno de los últimos...

—Sí, Wang —afirmó despacio Shark—. Sólo eso queda de lo que fue la Tierra. Hemos vivido varios momentos en la vida de una ciudad, que simbolizó acaso la vida del mundo. Esto es lo que yo quería conocer. El futuro. El futuro de todos nosotros. Más allá de nuestros gobernantes, más allá de la Supernave. 1.009 y de todo lo que para nosotros significa algo. Ya tenemos la respuesta. Este es el futuro

—Dios mío —se estremeció la doctora Random, junto a él— El futuro es el fin.

—Tenía que llegar alguna vez. Era inevitable. Pero... pero fue muy pronto. Sólo doscientos años después de abandonar nosotros la Tierra...

Ilia Yuriv estaba ante el obelisco de los últimos supervivientes. Cayó de rodillas ante él, haciendo revolotear la ceniza en torno suyo. Su voz clamó estérilmente:

—Pero ¿qué pudo ser eso? ¿Qué sucedió? ¿Cómo pudo llegar el mundo a esto?

—Esas cosas nunca se saben, Yuriv —dijo Shark lentamente— Una guerra, unas, armas que estallan, una reacción en cadena, un caos geológico... No. Me temo que nunca sabremos eso. No habrá respuesta para ello. Pero se nos ocurrirán cientos, millares de ellas...

—¿Por qué sobrevivimos nosotros? —musitó Wang—

Este es un mundo muerto, contaminado, venenoso

—Tal vez ya no sea letal. De cualquier modo, estamos en tránsito, Wang. Hemos recorrido diferentes épocas momentos

distintos... Este es uno más.

—¡Pero es *el último* ¡Ya no hay más, señor! —clamó Wang

Le miró. El joven oriental nunca se había mostrado histérico. No podía culparle de que ahora estuviera cerca del histerismo. Aun así, trató de comenzar a razonarle...

—Escuche, Wang... El doctor Zafe deseaba conocer los tiempos de Daniel Defoe, los tiempos entre finales del siglo, XXVII y principios, del XVIII. Nosotros, *vivimos*, fugazmente esos momentos. Luego, Ilia. Yuriv deseó llegar a conocer la era victoriana y la conocimos también nosotros. Posteriormente, la profesora. Random vio cumplido, su deseo de conocer un mundo de evolución hacia su futuro. Y finalmente yo he conocido mi propia época predilecta, aquella de la que pedía una respuesta a muchas preguntas, mi propio futuro, el de la Humanidad...

Él oriental le miró, expectante, sin saber adónde quería ir a parar con toda aquella disquisición. Su superior, tras una pausa prosiguió lentamente:

—Resulta extraño que todos absolutamente *todos* los que deseamos conocer al mundo en alguna de sus épocas, hayamos visto satisfecho nuestro deseo, ¿no les parece?

La profesora Random se acercó a él. Era absurdo, fantástico, ver sus faldas victorianas flotando con los vientos áridos y envenenados del siglo xxv, posiblemente en un planeta Tierra devastado y sin señal alguna de existencia humana salvo nosotros cuatro.

—Comandante, usted habló repetidas veces de una teoría, extraña —musitó ella—. ¿No va a decirnos ahora cuál es? Creo recordar que dijo algo así como que, en caso de producirse lo que usted preveía nos revelaría sus ideas y conclusiones, ¿no es cierto?

—Exacto. Así fue, profesora.

—Y bien: ¿es *esto* lo que usted previo, la respuesta a sus preguntas? .

—Lo es. —asintió roncamente Judd Shark, bajando la cabeza—. Lo es, profesora. .

—¿Entonces...?

—Cumpliré mi palabra. Les diré mi teoría Ya empecé a hacerlo, en realidad.

—Pues temo no entenderle —confesó Wang Ho, perplejo,

—Es difícil de explicar, pero ¿Por qué hemos visto todo aquello

que unos u otros habían *deseado* conocer? En suma, algo que, de un modo u otro, se forjó primero en nuestra mente.

—No me dirá que todo esto es imaginado, que hemos vivido una alucinación....

—No, Wang. No es eso. No lo creo. Resultaría difícil una hipnosis colectiva en personas como nosotros. Por tanto, no imaginamos nada. Lo vimos. ¿Por qué? ¿Sólo porque unos y otros, deseábamos verlo?

—Parece que es, por ahora la única razón de que todo esto sucediera —apuntó la profesora Random con cierta acritud....

—Es lo mismo que yo pensé. Y me dije: si no es alucinación ni fantasía nuestra, es que todo esto, cada época, en realidad... existe. Pero sabemos que no se viaja a través del Tiempo sólo con desearlo. Sería demasiado sencillo. Y sabemos que este lugar, este planeta, sea cual sea...: no es el que corresponde al planeta Tierra.

—Exacto, señor... —afirmó Wang, ceñudo—. ¿Qué explicación tiene eso?

—Sólo una —dijo calmosamente Shark, comandaste de la Supernave 1.009—. *Alguien*, nos ha hecho ver y conocer todo aquello que nosotros habíamos imaginado primero en nuestras mentes.

—¿Qué? —aulló Ilia Yuriv que había escuchado aquello, volviéndose hacia su jefe....

—No sé cómo ni por qué, amigos míos, pero una fuerza, un ser, lo que sea..., nos ha traído a un falso planeta Tierra y ha creado para nosotros, una especie de ficción, una gran mentira, perfectamente falseada de lo que fue nuestro mundo en el pasado y quizá, de lo que pueda ser en el futuro...

Le miraron asombrados sus tres compañeros de aventura. Antes de que: nadie pudiera decir nada, objetar aquella demencial explicación de su comandante, sonó aquella risa extraña, delirante e increíble...

Y la voz afirmó, rotunda:

—Perfecto, comandante Shark. ¡Perfecto! acaba usted de descubrir la verdad...

* * *

La verdad. Era aquélla. La verdad pronunciada por Shark, comandante de vuelo de la Supernave terrestre 1.009, en vuelo

hacia las galaxias remotas. Alguien lo había dicho.

¿Alguien

Todos los rostros se volvieron hacía el punto donde sonaba la voz, como buscando la explicación, al gran enigma. Como tratando de saber algo que sus mentes no lograban imaginar con facilidad.

No vieron a nadie. Sin embargo, la risa seguía retumbando en el gran desierto gris que era la Tierra en estos momentos. Era como el trueno. Como el rumor de la lluvia o el bramido del vendaval. Venía de todas partes. Y de ninguna. Parecía llover sobre, sus cabezas, brotar del suelo, emanar de la brisa ardiente que agitaba el suelo ceniciento del planeta exterminado, incluso produciendo la rara impresión de que hacía estremecer, a las calaveras humanas apiladas al pie del monolito que recordaba la última efemérides de la Humanidad.

—¿Quién ríe? ¿Qué voz es ésta? —musitó la profesora, Random, muy cerca de Shark en estos momentos, la mirada clavada en el vacío de donde pareciera llegar el sonido de aquellas palabras y de aquellas carcajadas. —Supongo que alguien superior —dijo Shark con voz: ronca—. Solamente un superior es capaz de crear cosas i así.

—¿Se refiere a... a un poder más que humano? —quiso saber Wang Ho, preocupado al no descubrir nada en tomo suyo.

—Sí, a eso me refiero. Un poder, más que humano, evidentemente...

Los ojos grises y fríos de Judd Shark parecieron escudriñar: los nubarrones, el polvo ceniciento que flotaba sobre lo que un día, en el remoto pasado, había sido la gran urbe de Londres... si es que, realmente, aquello, esto, y absolutamente *todo* desde que abandonaron la Supernave no era pura imaginación, un espejismo gigantesco e increíble. Shark fue recitando lentamente, mientras escudriñaba la nada, el vacío—: Un poder que, de alguna forma está jugando con nosotros, no sé por qué... Un poder capaz de engañarnos hasta el punto de reproducir tiempos, épocas, lugares y hasta personas. —¿*Personas*? —rechazó la profesora Random—. ¡Eso es imposible señor! Nadie, puede llevar a tal punto la sugestión, la ficción...

—Es qué... no sé si es sugestión, profesora, aunque sí puede ser *ficción* —habló Shark con frialdad—. Una ficción creada conforme a

lo que nosotros deseamos y lo que nos gustaría conocer. Pero, eso sí, una ficción perfecta, increíblemente exacta a la realidad que conocemos o imaginamos, en sus más mínimos detalles...

Hubo un silencio profundo. En aquel, lugar el silencio llegaba a convertirse en algo casi tangible. Quizá porque la ausencia de seres humanos, de criaturas vivientes, de edificios, de formas de vida orgánica, hacía que fuese como el propio silencio de la muerte, como el fin de todo, como la nada absoluta.

Sus pisadas hacían crujir, la cenicienta capa que formaban los residuos el polvo, acaso la desintegración total de todo lo creado por el Hombre, en la superficie de aquel mundo que para ellos pretendía ser la Tierra. Ilia Yuriv hizo notar, con voz ronca, sacudiendo su cabeza enfáticamente:

—No puedo creerlo... ¡No puedo admitir que *esto* sea irreal! No sueño, no estoy imaginando cosas. Puedo sentir el crujido de esa ceniza, *puedo* notar el vacío y el silencio del holocausto final a mi alrededor. Ese sol, esas nubes, ese cielo... ¿cómo puede ser fingido, cómo puede ser un simple espejismo, algo que no existe más que en nuestras mentes, comandante Shark?

—Es que yo no dije que exista sólo en nuestras mentes Yuriv —le avisó Shark en tono frío, acercándose a él— Dije que, tal como lo imaginábamos, acaso tal como fue y como ha de ser la realidad, alguien lo ha *reproducido* a su capricho, para jugar con nosotros, para utilizarnos quizá, como cobayas de algún experimento demencial...

—¿Una... una *Maqueta*? —palideció Wang Ho, abriendo mucho sus almendrados ojos, empezando a comprender acaso.

—Sí, Wang —admitió Shark en tono grave— Algo así. Una maqueta perfecta. Con ciudades, seres humanos, sol, luz, nubes, con el planeta Tierra... con ropas, con modas, con características inconfundibles de cada época. Un juego. Un siniestro juego de dioses diría yo...

El silencio fue corto esta vez. La risa retumbante del vacío ya no se percibía. Pero de súbito, por encima de sus cabezas se hizo una oscuridad total. El cielo se tornó, negro. Pero, un negro laminado, como acero pavonado. Sin sol, sin nubes. También sin estrellas. A sus pies, ocurrió igual. Parecían no pisar ninguna parte. Flotaban. En una tiniebla total, en un ámbito absolutamente negro. Pero

sólido. Sus pies aún pisaban algo, un suelo bajo sus calzados victorianos, ridículamente absurdos ya.

Pese a esa negrura, había luz. De alguna parte, llegaba un resplandor que les permitía verse entre sí. Y ver que nada, absolutamente *nada*, les rodeaba. Como si una mano gigantesca hubiera borrado todo lo: que antes existía. Shark tuvo una vaga, grotesca impresión que, sin embargo, le preocupó vivamente.

Era como si algo dibujado por un niño sobre un encerado, con trazos de tiza, hubiese sido repentinamente quitado de la pizarra con la sola facción de pasar un paño dejando la negra superficie totalmente, limpia de dibujos.

—¿Qué ocurre ahora? —jadeó Yuriv—¿Qué significa esto?

—Creo imaginarlo —habló apagadamente la profesora Random—. Esto confirma la teoría fantástica del comandante Shark. Ese *alguien* acaba de probarnos que era cierto lo que el comandante decía. Ha bastado un leve capricho para que todo desaparezca. La maqueta dejó de existir. Estamos, quizá, en la auténtica dimensión de las cosas que hemos imaginado o hemos visto por capricho de alguien. En suma, amigos, aquí no hay nada. Ni siquiera un planeta *real*, diría yo.

De alguna parte de esa negrura, la Voz emergió poderosa, rotunda, sonora. Corno rebotando en muros imaginados e invisibles, aturdiendo sus oídos con su potencia. Pero expresándose con claridad, en su propio lenguaje:

—Realmente, me divierte vuestra forma de ser y de pensar. Os creéis enormemente listos porque habéis advertido, al fin, que no erais sino si objeto de una diversión, de una simple prueba para comprender vuestra inteligencia... ¡Es tan fácil penetrar en vuestros sencillos cerebros, captar vuestras simples ideas, vuestras imágenes concretas y ridículamente torpes! No me ha resultado muy difícil crear para vosotros un mundo que no existe: Yo soy capaz de hacer lo que quiera. Incluso de crear mundos. Mundos que parecen reales, y que no existen más que en una forma relativa. Basta mí voluntad para borrarlos y suplirlos por otra cosa. O por nada.

Shark miraba a la negrura enigmática, tratando de imaginarse dónde y en qué forma se hallaba aquel ser superior que jugueteaba con ellos como un gato con unos inofensivos ratones diminutos. No veía nada. No adivinaba nada.

—Si tan poderoso eres... ¿por qué malgastar tu poder en una simple burla? —replicó con acritud Shark—. Estás jugando con nosotros. Eso no tiene sentido. ¿Adónde pretendes llegar con ese juego absurdo?

—Adonde he llegado, justamente —de nuevo retumbó la risa poderosa, sonora—. A conoceros bien. A conocer vuestro propio mundo, tal como lo deseabais conocer o corno lo imaginabais en vuestra mente... Me gusta saber cómo son, los demás, para que mi propio pueblo no peligre en vuestras manos. Sólo eso, comandante Shark.

—¿Tu pueblo? —se sorprendió Shark—. ¿Existe, en verdad, un pueblo tuyo en alguna parte? ¿Hemos llegado, realmente, a un planeta? ¿No fue todo imaginado?

—Visteis un mundo. Un planeta. Lo demás, lo hizo vuestra imaginación. Eso fue todo. Yo os doy la bienvenida a mi propio mundo, el que vosotros no conocéis todavía. Tal vez no sea como el vuestro, ni como lo que imagináis vosotros pero espero que os guste y os halléis a gusto en él. Tiene sus problemas, naturalmente, pero sois mis huéspedes, y trataré de ayudaros en todo lo posible mientras permanezcáis en él. De modo, comandante, profesora, señores Yuriv y Wang Ho —probó así conocerles muy bien, identificarles perfectamente, sin: lugar a dudas—. Yo, Hydron, Ser Superior del Planeta Yzoord... os doy la bienvenida. Sed felices en mi mundo mientras permanezcáis en él. Y: llevaos de vuestra visita el más grato de los recuerdos...

Sonó la carcajada nuevamente, poniendo un subrayado inquietante a su aparente hospitalidad y cortesía... Y todo cambió para los cuatro astronautas, antes de que ellos mismos pudieran darse cuenta de ello.

CAPITULO VI

TODO lo que era negrura, se, hizo luz. Todo lo que era vacío cobró forma.

Fue como, una cascada súbita de colores, formas y luces. Como saltar impetuosamente desde las tinieblas a un mundo resplandeciente y hermoso como pocos.

Tuvieron que cubrir sus ojos, parpadeando, deslumbrados por el brusco tránsito imprevisible. Luego, cautivados por los aromas suaves y penetrantes de una fio resta desconocida, seducidos por el vibrar melodioso de una musiquilla flotante, como perdida en el aire, que parecía provenir del trino infinito de una legión de pájaros invisibles, abrieron ojos y oídos a aquel maravilloso, ámbito en que se encontraban.

Las hermosas criaturas se movían grácilmente por entre la espesura. Shark parpadeó, incrédulo, al contemplarlas....

Eran hombres y mujeres. Jóvenes, algunos adolescentes. De piel azulada como cristal. Desnudos. Totalmente desnudos, flotantes sus largas cabelleras plateadas. Sin embargo, pese a sus formas espléndidas, carecían por completo de fuerza erótica. No despertaban apetitos o ideas indignos. Más bien parecían seres arrancados de un paraíso o de un Olimpo, mitad humanos, mitad dioses. Su modo de moverse era suave, armonioso y ligero, como si no pesaran nada, o como si sus movimientos en el diáfano aire, del misterioso planeta Yzoord formasen parte, de un fantástico *ballet* para libélulas.

—Bienvenidos a Yzoord, hombres del planeta Tierra. Bienvenidos los viajeros de las estrellas a nuestro mundo.

Voz suave, melodiosa, como la vibración de fragmentos de cristal. Como el tintineo de campanillas de plata.

Se volvieron, con un leve sobresalto.

La muchacha era hermosa. Maravillosamente hermosa increíble y delicada como una estatua de vidrio purísimo. Aquella piel azul, desnuda, recordaba un mármol clásico, modelado por Fidias o Miguel Ángel. El rostro era un puro éxtasis, desde los rasgados ojos color agua, hasta la boca carnosa y risueña, más azulada que el resto de su piel. Como una ninfa mítica, se movía armoniosa por entre la espesura dorada, bañada en el resplandor mágico de aquel mundo increíblemente bello y fantasmagórico.

—¿Quién, eres? —quiso saber el comandante Shark, fascinado por semejarle belleza.

Ella sonrió. Con sus labios azules, con sus ojos claros. La melena era seda de plata, golpeando sus hombros marmóreos. La voz que brotaba de aquella boca era una pura melodía

—Laia —dijo con simplicidad. Laia es mi nombre, extranjero.

—Laia... Breve y extraño. Laia aparte de ser una hermosa criatura... ¿quién eres, realmente, para saber nuestro origen, nuestra razón de hallarnos aquí ahora?

—Mi amo y señor, Hydron —hizo una leve reverencia a la nada, como saludando a un invisible dios—, así me lo ha manifestado. Y así, yo soy la encargada de daros, en nombre de nuestro pueblo, la bienvenida a Yzoord, el mundo del amor y de los placeres...

—Amor y placeres... —Illa Yuriv contemplaba fascinado a la hermosa criatura, así como a otras mujeres que desfilaban ante sus ojos, virginales e impúdicas, y sin embargo desprovistas de sensualidad—. Esto parece realmente sugestivo, comandante...

—Cuidado, Ilia —avisó Shark secamente—. Todo paraíso tiene su serpiente maligna. Tal vez no todo sea tan hermoso y tan deslumbrante en este planeta...

—Tienes razón, extranjero —musitó ella, con voz apagada ahora—. No todo es fácil aquí, hermoso y placentero. Tenemos nuestros problemas, nuestros enemigos. Pero sería demasiado pedirle a la vida que las cosas fuesen siempre apacibles y llenas de sosiego y felicidad. Hay que luchar por todo eso. Y a veces luchar duramente, con riesgo de la propia vida. Nuestros hombres saben de eso. Pero no debemos hablar de tales cosas ahora. No sería justo para unos recién llegados. Venid, y os atenderemos como es debido... Este es ahora vuestro propio hogar. Como tal debéis admitirlo y disfrutarlo.

¿Me seguís?

Y tomó por una mano a Shark, conduciéndole hacia alguna parte. El comandante, receloso de cuanto le rodeaba, pero sobre todo receloso de los designios oscuros de un ser superior como Hydron, perdió mucho de su recelo ante el contacto suave, fresco y tierno de la mano azul de Laia. Sus dedos casi cristalinos apretaron los suyos dulcemente. Había como una tentación sutil en aquel fragante contacto. Una magia irreal se desprendía de tan hermosa criatura

—Sí, Laia, vamos —dijo. Miró a sus compañeros y añadió—. Debemos seguirla. Somos sus huéspedes.

—Claro, señor —la voz de la profesora Random tuvo ahora un indudable tono de ironía—. Yo me pregunto si su orden sería la misma, si el anfitrión fuese un hombre y no una mujer como ella...

Shark la miró, frunciendo el ceño. No respondió nada. Estaba caminando ya por entre la espesura dorada, salpicada de increíbles flores de una coloración irisada, algunas de un cromatismo imposible de imaginar en el planeta Tierra.

Tras aquella fronda, les maravilló la presencia de un palacio cristalino, de erguidas torres de frágil apariencia y muros translúcidos. Puentes irisados, burbujas de colores flotando en torno, y unos estanques de increíbles aguas doradas, formaban el conjunto de aquel lugar de ensueño, como arrancado de la ilustración más imaginativa de un viejo y bellissimo cuento de hadas.

—Venid —invitó Laia—. Sois mis huéspedes, por expresa voluntad del todopoderoso Hydron, amo y señor de los destinos de Yzoord. Disfrutad de nuestra fiospitalidad

—¿Ese palacio es tuyo, Laia?—se asombró Shark, contemplando fascinado el lugar de maravilla.

—No sólo mío, sino de todos nosotros, los Elegidos,

—¿Los Elegidos?—puntualizó Wang, sorprendido—.

—Nosotros.—murmuró ella, risueña—. Las criaturas de piel azul. Somos los que eligió el grande y poderoso señor Hydron como su pueblo predilecto, Nos proporcionó el entendimiento, la inteligencia el poder. Gracias a él somos superiores a otras criaturas vivas de Yzoord. Nosotros representamos la sabiduría, la cultura, el conocimiento, la belleza, la perfección. Y todo, por expreso deseo

de nuestro, todopoderoso señor Hydron.

—Hydron... ¿es un científico, o sólo un rey, un monarca, un mago?—quiso saber Shark.

—Él lo es todo:—afirmó dulcemente Laia, con su más tierna sonrisa. Sus dedos azules apretaron con más fuerza la mano de Shark, que la miraba fascinado—. Es nuestro amo y señor, nuestro supremo guardián y creador... Nuestro rey y nuestro ídolo. ¿Responde eso á tu pregunta, extranjero? —No sé... —Shark se encogió de hombros— Resulta difícil saberlo, Laia. Pero es igual. No puedo averiguar más por el momento Me conformo con eso.

Alcanzaron uno de aquellos mágicos puentes de cris tal. Su forma de caminar por él se parecía más al vuelo ingrávigo, sin contacto apenas con un suelo real. La transparencia de muros y pavimentos, hacía un mágico efecto de suspensión, en el vacío, sobre aguas doradas y flotantes burbujas irisadas, que desfilaban apacibles, como pompas de jabón, formando parte del idílico paisaje...

Momentos más tarde, una mesa en el suelo de cristal rosado, aparecía cubierta de frutos esplendorosos, de alimentos desconocidos, de vinos suaves y burbujeantes, de toda clase de viandas para ellos. A su alrededor, translúcidas paredes, y cristalinos ventanales asomados a panoramas de burbujas cromáticas formaban un ambiente paradisíaco e increíble.

El sabor de los frutos era delicado y apetitoso, el vino calmaba la sed más rebelde y prestaba un grato cosquilleo al cuerpo. Los demás alimentos resultaban igualmente exquisitos y deseables, pero no lograban saturarles ni hacer pesada, su digestión. De todas partes parecía brotar música. Una delicada música embriaga dora, que invitaba al sueño y al reposo.

Desnudas criaturas azules atendían a los hombres. Un arrogante, hermoso caballero azul, de figura atlética, digna de una escultura de Mirón, se cuidaba, solícito, de, la profesora Karyl Random que, pese á ello, se encerraba en la guardia de su natural carácter hosco y poco sociable

Shark dejó, su jarra cristalina, conteniendo un vino dorado y burbujeante, para mirar a la investigadora con ironía.

—Parece que también en usted han pensado, estas deliciosas personas. —comentó—. Es un auténtico Apolo su anfitrión,

profesora.

—Pero yo no me dejo seducir tan fácilmente como usted, señor —miró a los otros, junto a los cuales, acariciándoles suave, delicadamente, se hallaban las azules féminas, como auténticas *gheisas* de otro planeta—, Ni como los otros por supuesto... Los hombres son débiles. Demasiado débiles, diría yo. Si esto fuese una trampa mortal, comandante, todos ustedes habrían caído ya irremediablemente en ella sin advertirlo, siquiera.

Shark la miró fijamente, saboreando un fruto que tomó al azar de la mesa rosada. Laia, su atractiva, anfitriona, incorporó su grácil cuerpo desnudo en busca de más vino. La voz del comandante hizo estremecer bruscamente, con sorpresa y temor, a la profesora Random:

—Es qué es una trampa, profesora —afirmó con voz sorda.

Pasada su primera sorpresa, Karyl Random buscó con mirada preocupada al comandante Shark, que se había incorporado de sus confortables cojines en tierra delante de la mesa rosada, situada un poco por encima del suelo. Ya no captó en su rostro evidencia alguna de que hubiera pronunciado semejantes palabras.

Una máscara inexpresiva cubría la faz de su jefe y un momento después, su sonrisa tierna y admirativa iba dirigida a la belleza azul de Laia, la anfitriona afrodisíaca. Casi ni ella misma estuvo segura de que Shark hubiera pronunciado esas palabras.

Pero las había dicho. Y lo que era: más raro, no utilizó para ello el inglés, su idioma común, sino que empleó el lenguaje cifrado de los astronautas, con una rapidez vertiginosa, como temiendo ser escuchado, sorprendido por alguien qué pudiera interpretar sus sonidos sólo identificables para astronautas especializados, y aun eso, dentro de la Supernave, no en el planeta Tierra.

«Es una trampa», había murmurado rápidamente el comandante Shark.

¿Lo era? ¿Cómo pudo saberlo? ¿Qué clase de juego estaba dejando seguir en estos momentos? La profesora no encontró respuesta a sus interrogantes. Cada vez que, buscó con la mirada a su jefe, le halló sumergido virtualmente en el poder de seducción, ingenuo y virginal, de la hermosa Laia. Lo mismo que sus otros dos compañeros.

Una trampa... ¿Por quién? ¿De quién? Trató de no pensar en

ello. Recordó que Hydron era capaz de leer sus pensamientos. Lo había demostrado antes, cuando creó para ellos: una maqueta del planeta Tierra, incluso reproduciendo sus más mínimos detalles a lo largo de diferentes épocas y momentos de la historia. Todo, tal y como sus propias mentes se lo habían transmitido a él. Se limitó a: dar forma a unos deseos, pensamientos o ideas. Simplemente eso. Pero a escala natural, y sobre un lugar donde no había nada. ¿Qué clase de poder mítico era capaz de semejantes prodigios? ¿Cuál era su propósito final respecto a ellos, cuatro?

Shark desconfiaba, era evidente. No veía claro en toda aquella hospitalidad, en aquella paz y generosidad de sus anfitriones. Y por alguna razón, presentía la existencia de una trampa... Justamente lo que ella había llegado a pensar, movida por ese inevitable despecho que produce en una mujer, la presencia de otra tan hermosa.

Pero ése no era el caso de Judd Shark. Y sin embargo, pese a parecer deslumbrado, se mantenía frío, lúcido, permitiendo que su, cerebro funcionase sin intervención de fascinaciones ni sugerencias ajenas.

De súbito, Laia dio dos palmadas. Vibraron con sonido cristalino. Unos silenciosos servidores retiraron la mesa de los frutos y los vinos apetitosos. Los cuatro terrestres miraron con curiosidad a Laia y a sus compañeros de piel azul. Del suelo, al abrirse éste, donde antes se hallaba la mesa, emergió una enorme burbuja de vivos colores flotando en su envoltura cristalina, ingrávida, Dentro de la burbuja. ¡flotaba, diminuta, reducida a un tamaño de juguete, una nave espacial que era la *copia exacta* de la Supernave 1.009!

—¡Cielos!,, —exclamó Wang, atónito—. ¡Es nuestra nave!

—Exacta. —aprobó Ilia Yuriv, sorprendido—. Jamás vi una maqueta más perfecta. Con todos sus detalles, incluso, las luces interiores, visibles por los ventanales, Es una auténtica maravilla

La profesora Random había fruncido el ceño, contemplando aquella maqueta que flotaba en el interior de la burbuja, no mayor que cualquier juguete infantil en la Tierra. Shark, a su lado, había palidecido de súbito, con su mirada fija en la reproducción de la Supernave de donde ellos procedían.

Laia lanzó una suave, melodiosa carcajada. Puso sus manos en los hombros de Shark y sus labios azules besaron la mejilla y la

oreja del comandante. Después preguntó, melosa:

—¿Te sorprende, comandante Judd Shark?

—Es... es una perfecta reproducción. —admitió. Shark con voz forzada—. ¿Cómo os fue posible, hacerla? ¿Dónde habéis visto la nave, qué técnica usasteis para esa copia?

—Incluso parece estar hecha de idénticos materiales, a escala perfecta... —ponderó Wang, con entusiasmo

—Me alegra que os guste —suspiró Laia dulcemente—. Pero cometéis un error. Eso *no* es una maqueta de vuestra nave. *Es vuestra propia nave*

Y en alguna parte, alrededor de ellos, nuevamente restalló la misma carcajada, demoníaca y burlona, poderosa y estridente. La carcajada de Hydron, señor absoluto del planeta. Yzoord...

CAPITULO VII

SHARK se había vuelto rápidamente, sin apenas hacer un movimiento. Estaba lívido. Su mano armada oprimía el arma espacial contra el pecho de Laia. El cañón se hundía en un seno azul, sin complicaciones. El grado de disparo estaba situado en el punto letal.

—Habla, arpía —silabeó el comandante de la Supernave 1.009, con voz ronca—. ¡Habla de una maldita vez, o no dudaré en matarte! ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué significa eso que has dicho? No puedo creerlo. No puedo creer que, ésa sea *nuestra* nave. ¡Ha de ser una copia, una simple maqueta perfecta! ¡Otro, juego, otro estúpido juego de vuestro maldito Hydron!

—No, comandante —negó ella con repentina frialdad, endurecidos sus ojos color agua— No es un juego ni una mentira. Esa es vuestra nave, tal como está ahora. Reducida. Increíblemente reducida, ¿no es cierto? Ya no podéis volver a ella, utilizando vuestros medios de proyección material. Y si lo hicierais... seríais diminutos, pequeños como puntitos. Como lo son todos los que ahora pululan por ahí dentro, sin sospechar lo que sucede....,

—Eso no es posible —jadeó Yuriv—. Está mintiendo, inventando cosas, señor...

—Quisiera que fuese así —Shark encajó sus mandíbulas rabiosamente—. Pero sé que no es de ese modo. Lo presentí en seguida, apenas vi la nave, en esa burbuja... No sé qué diabólico poder tiene esa gente, pero se han estado burlando, una vez más de todos nosotros. Este pueblo pacífico y hospitalario es otra gran mentira de Hydron. Una trampa para nuestra buena fe. Forma parte del experimento, ¿no os dais cuenta? ¡Estamos en poder de un maníaco empeñado en jugar con los seres vivientes, no sé por qué

razón!... Y eso: forma parte del juego endemoniado... —señaló a la Supernave 1.009—. Tal vez estemos en otra dimensión, no sé. Pero, cuando menos, voy a tener la satisfacción, antes de morir o de ser reducido á la nada, de llevarme por delante a una de estas criaturas del infierno. Tú, hermosa y embauca dora. Laia, ¡Tú serás la primera en morir! Y no irás sola, porque, mis camaradas también saben usar sus armas llegado el momento. Este juego terminará, pero no vamos a ser las únicas víctimas... a menos que vuestro amo y señor, el caprichoso Hydron, no deje las cosas tal como estaban en un principio y nos permita regresar a bordo, sanos y salvos, reemprendiendo el viaje.

—¿Y seguir siendo esclavos de vuestros amos?,—dijo Laia, mirándole desdeñosa— ¿Con esas placas en vuestras cabezas, a merced de la voluntad de un tirano que os controla como máquinas o como esclavos encadenados, estéis donde estéis?

—Veo que sabes mucho, Laia — silabeó Shark, sin dejar de oprimir el pecho de Laia con su arma a punto de vomitar la muerte desintegradora sobre la hermosa criatura azul—. Pero toda tu sabiduría no va a librarte de la muerte, a menos que tu amo y señor se apiade de ti y acceda a mis deseos. Todos tus amigos van a morir muy pronto, si las cosas no se arreglan inmediatamente, ¿entendiste?

—Entendí, comandante Judd Shark —dijo ella, con extraña ironía—. Entendí muy bien..., pero pierdes tu tiempo. Todos vosotros lo perdéis miserablemente. ¡Nadie, desafía a Hydron, él todopoderoso señor de Yzoord! Dime, Shark, ¿qué pretendes hacer ahora? ¿Qué podéis hacer tú y tus amigos... con algo que ni siquiera tiene vida para quitársela?

Increíblemente, alrededor de los cuatro terrestres ocurrió un nuevo prodigio que rozaba los límites de lo enloquecedor

Los hombres apolíneos de piel azul, las vírgenes desnudas de azulada epidermis y formas marmóreas... Todos, absolutamente todos, se quedaron súbitamente convertidos en estatuas. En figuras rígidas e inertes, como talladas en cristal o en lapislázuli. Su frialdad, su rigidez, su total deshumanización, era evidente y aterradora.

Incluso Laia, ante el arma de Shark, era una de esas estatuas inanimadas, tan muerta y carente de aliento vital como un muñeco,

una simple marioneta de vidrioso aspecto... ¡que al moverse bruscamente Shark y golpearla un poco con su arma... *se hizo añicos*, desmoronándose en el suelo, a trozos, como una figurilla rota!

* * *

Un ronco grito brotó de labios de Shark, cuando el prodigio estremecedor se produjo. Wang y Yuriv, por su parte, habían golpeado con ambas manos a sus hermosas compañeras, para comprobar que aquello no era posible.

A cada impacto suyo, se resquebrajaban las criaturas azules, y sus fragmentos se amontonaban ante ellos, como un simple juguete roto. Una cabeza vidriosa, que antes fue hermosa y dotada de vida, rodó por el pavimento y se hizo añicos contra el muro. Despavoridos, temblando las armas en sus manos, los dos astronautas buscaron con sus miradas a Shark, tan desconcertados como él mismo.

—Señor... ¿Qué significa este horror? —gimió Wang.

—No lo sé pero puedo imaginarlo —susurró Shark roncamente—. Otra maqueta. Otra gran mentira. No era éste el pueblo de Yzoord, sino unas marionetas creadas por ese ser superior. Nos crea un paraíso, para destruirlo después y mofarse sangrientamente de nosotros.

—Pero ¿por qué, por qué? —casi sollozó Yuriv presa de una crisis nerviosa.

—No puedo responder a eso, Ilia. Hay algo en todo esto que aún no he logrado entender. Esos caprichos absurdos, ese querer jugar con nosotros. Fue capaz de, dar vida incluso a una mujer maravillosa, creó una criatura turbadora, como Laia..., para después destruirla como a las demás... Si realmente se trata de un ser superdotado, nunca le vi más cruel ni más perverso...

—Te equivocas en algo, comandante Shark —dijo 1a Voz—. No soy, propiamente un ser, superdotado, como tú has dicho sino algo más.

Shark giró la cabeza. Ahora estaba seguro de haber oído aquella voz en un punto preciso, concreto. Miró en esa dirección. También los demás. Un grito de estupor brotó de cuatro gargantas.

De nuevo la hermosa Laia, azul y desnuda emergía por una puerta del mágico palacio, como exacta reproducción de la otra que

yacía hecha pedazos a los pies de Judd. Shark.

Pero ésta no tenía nada de dulce ni de acariciadora. Había algo diferente en ella. Sus ojos eran fríos, crueles. Su cabello plateado enmarcaba un rostro, hermoso pero endurecido y maligno. Su boca azul, apretada, revelaba decisión, poder, autoridad. Su cuerpo desnudo era altivo, desafiante, como una estatua de Minerva, o de Diana. Pero con la ferocidad y la malignidad de una Gorgona. — Laia... Tú, otra vez... —susurró Shark, apretando los labios con ira —. ¿Qué nueva mentira es ésta?

—Ninguna, comandante Shark. —le respondió ella—. Mi nombre no es Laia..., sino *Hydron*, la reina Hydron, del planeta Yzoord, eh la Galaxia Hydriónica donde yo gobierno... Mí poder no tiene límites, Shark, tú lo has comprobado.

—Si eres realmente un ser superior..., ¿por qué aparecer ahora convertida en mujer, por qué materializarte humana, cuando es evidente que alguien como tú puede tener forma terrícola? —replicó la profesora Randera, desafiante.

Hydron clavó su mirada fulgurante en la investigadora. Y nunca una mirada de mujer reveló más crueldad y odio que aquélla.

—Ésta es mi forma *real*, mujer de la Tierra. —replicó despectiva—. Sólo que mi tamaño¹ real, comparado con. él vuestro, es como el de vosotros mismos ahora comparados con: vuestra propia nave. Sólo, cuestión de dimensiones... Mi tamaño es tan gigantesco, que floto y viajo entre las estrellas, recorro mi galaxia, sin ser siquiera visible para las criaturas vivientes que pueblan mis mundos..., Pero puedo reducirme a voluntad, del mismo modo que puedo crear mundos, imaginar maquetas hermosas o terribles, dotar de vida o de muerte a las criaturas de mi invención, materializadas por mi propio poder... Así soy yo, la reina Hydron de Yzoord. Y ése es mi inmenso, mi incalculable poder. Vuestros desafíos, vuestro orgullo, sólo pueden causarme risa y diversión. No sois nada. Apenas nada, ya veis vuestra gigantesca y poderosa Supernave... Somos tan grandes a su lado, que ni aún asomándose a sus ventanas pueden descubrirnos. Ya sabéis que todo lo infinitamente grande es tan invisible como lo infinitamente pequeño...

—De modo que esa aparente maqueta que flota en la burbuja es, realmente, la Supernave que nos ha traído de la Tierra —silabeó Shark—. ¿Por qué eso, Hydron?, ¿Por qué este juego sin sentido?

¿Ha disminuido la nave... o hemos crecido nosotros?

—Disminución —rió la mujer que se llamaba reina, a sí misma —. Disminuida vuestra, nave. Eso es lo que hice. Vuestro volumen es el normal, ahora. Y seguirá siéndolo siempre... con una excepción.

—¿Cuál? —indagó. Shark.

—Tú.

—¿Qué? —pestañeó el comandante, desorientado.

—Tú, Judd Shark. Eres el único que *no puede* volver a la Supernave...,

—¿Por qué motivo?

—Porque eso forma parte del juego. Me has preguntado mis razones. Y voy a dártelas. Ser un ser superior no: siempre lo resuelve todo. He creado hombres y dioses para acompañarme en mi eternidad. Me aburren siempre, y termino destruyendo asas maquetas humanas. Pero he visto a un hombre, un hombre real, verdadero, dotado de vida propia. Ese podría ser mi compañero de por vida. Dé hecho tiene qué serlo, Porque mi voluntad aquí es ley.

—¿Qué... qué quieres decir con eso, Hydron? —sintió Shark una súbita inexplicable aprensión, que provocó en él un escalofrío.

—Creo que lo has entendido ya, comandante. Shark—una sonrisa entré desdeñosa y sensual, asomó a los labios azules, de la extraña criatura galáctica—. Sí, es justo lo que piensas. Un pacto. Un acuerdo que satisfaga a todos. La Supernave recobrará, su auténtico volumen y dimensión. La profesora Random, Wang y Yuriv regresarán a bordo normalmente. Continuarán su viaje por el universo, sin más problemas, como sucedió hasta ahora. Á: cambio de todo eso, tú te quedarás aquí. Con migo.

—¡Contigo!

—Eres el hombre en quién me He fijado. Te estudié durante todo el tiempo que duró el juego, como tú lo llamas. Me atraes. Me gustas. Creo que por vez primera siento amor, deseo, lo que quieras llamarlo. Los seres superiores también tienen derecho a amar y ser ama dos.

—Pero yo... yo no te amo, Hydron.

—No importa. Haré que me ames. Crearé amor en tu mente. Lo demás será fácil. Haré de ti un superdotado. Un ser, superior, con poderes, como los míos. Y para siempre reinarás, en la: Galaxia

Hydriónica, junto a mí. Podrás ser un coloso de cientos de millas de: altura o un hombre normal, o un ser diminuto, a voluntad tuya. Las estrellas y los: mundos serán tuyos. ¡Tuyos por una eternidad, Shark! Todo eso, á cambio de nada. A cambio de que dejes de ser un esclavo, de que los tuyos sigan su viaje por el Cosmos... Otro hombre de tu propia tripulación ocupará tu puesto de mando. Nada se alterará en su viaje por las estrellas.

—Yo, compañero de una criatura superior —Shark soltó una brusca carcajada, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. No, Hydron, no. Es demasiado. No podría ocupar ese puesto jamás. No es ése mi destino. No deseo ser un superdotado, sino solamente un hombre...

—¿Un hombre? —los ojos de Hydron fulguraron— ¿Qué clase de hombre? ¿Un esclavo, un sometido, un robot obligado a obedecer siempre, a ser manipulado por una computadora y por la voluntad de unos lejanos tiranos que controlan vuestras vidas? ¿A eso le llamas tú ser hombre, comandante Judd Shark?

—Quizá no sea un modo perfecto de vivir. Tal vez nos falte mucho para sentirnos satisfechos de nosotros mismos y de nuestro destino, pero de eso a ser algo más, a pretender ser un ser extraordinario, con poder sobre todas las cosas... No, Hydron. No acepto el trato. —No se trata de que aceptes o no. Es que no tienes otro remedio. No hay otra salida.

—¿Qué quieres decir? —la miró preocupado—. Qué sucedería si yo me negase a aceptar tu oferta?

—Sería la aniquilación de todo: Supernave, tripulación, viajeros... y vosotros cuatro.

—¿Muerte?

—Llámalo así —se encogió de hombros, mirando desdeñosa la nave reducida a un juguete, dentro de la burbuja que, tal vez para los que ocupaban ahora la Supernave, debía parecer un velo, una cortina fantástica en el espacio—. Vuestro fin, ciertamente. ¿Crees que me cabe elección? Te han nombrado comandante de esa nave, responsable de sus vidas, de su seguridad. Tienes qué sacrificarte por ellos. Por todos ellos. O serás el responsable de su desastre total. Será como si les hubieras asesinado tú mismo, con tus propias manos. Porque en éstas se halla ahora tu elección. ¿Tan difícil te parece llegar a amarme, convivir conmigo, sentirte más fuerte y

poderoso de lo que jamás podría ser persona alguna?

—Es una infamia, Hydron. Indigno de un ser superior como tú...

—Piensa lo que quieras. Pero dame tu respuesta,

—Y si esa respuesta fuese afirmativa..., ¿qué sucedería ahora?

—Automáticamente, tus tres cámaras serían proyectados al interior de esa burbuja, y la Supernave enviada de nuevo al espacio, donde recuperaría su tamaño normal. Seguirían viaje y tú te quedarías. Mi poder te arrancaría e inutilizaría ese mecanismo que injertaron en tu cráneo para tenerte cautivo del poder de vuestro mundo y ya sólo serías esclavo de Hydron tu esposa. Amo y señor de cuanto te rodea en una palabra.

Hubo un profundo silencio. La profesora, muy pálida, miraba a Shark con angustia. Wang respiró hondo. Ilia Yuriv habló con tono apagado.

—Por mí comandante, no tiene que aceptar nada a la fuerza. No me importa morir, ser aniquilado..., lo que sea.

—Pienso igual—apoyó Wang, sombrío.

—Y yo también, comandante.—corroboró con firmeza Karyl Random—. Lo malo es que hay otras setecientas vidas que dependen de usted, señor. No puedo opinar, en su nombre ni decidir por ellas. Ninguno podemos hacerlo.

—Lo sé, profesora —suspiró Judd—. Estaba pensando precisamente en ello, durante todo este tiempo... Debo decidir por la totalidad. Creo que no me queda otro recurso.

—¿Aceptar? —se estremeció Yuriv— ¿Quedarse en esta galaxia para siempre, señor?

—No veo otra solución. Nadie puede sacrificar por egoísmo a setecientos seres humanos.

—¿Por qué no consultarles, pedir una votación?... Quizá todos decidan correr el riesgo, sacrificarse por su comandante. Estoy seguro de ello, señor.

—No Yuriv, no. Hay niños que no entienden de esas cosas. No es justo sacrificarlos sin que su razón llegue a entender lo que sucede, sin contar con su aprobación. Además, no hay vida humana que valga lo que valen otras setecientas. Debo sacrificarme, y lo haré.

—No es un sacrificio, Judd Shark —le recordó Hydron, voluptuosa—. Soy el amor, el deseo, la pasión y el poder la fuerza y la voluntad la grandeza y la inmortalidad. ¿Crees, que obtener todo

eso puede ser un sacrificio tan grande? Pronto te sentirás feliz de sentirte amo de los mundos, capaz de hacer estremecer Sistemas Solares completos, capaz de conmover galaxias, capaz de hacer que griten las estrellas y crujan los planetas... ¡Serás un nuevo rey del Cosmos, Judd Shark! ¡Serás el esposo de Hydron, reina de lugares que pueden ser un auténtico paraíso para ti! Crearé mundos y ciudades, te reproduciré cuanto gustes, para tu placer y diversión..., Creerás estar en la Tierra, te haré conocer directamente los tiempos faraónicos, el mundo bíblico, la Edad Media, el infinito futuro cuando la Tierra haya vuelto a ser un mundo habitado y próspero, tras la gran hecatombe... Tu voluntad, tu deseo, serán órdenes para mí.

—Sí, Hydron, y habré perdido mi contacto con la Tierra, el que me esclaviza a unos tiranos, para ligarme a otra esclavitud, a otra tiranía, quizá más dulce, pero también más prolongada, porque no tendrá fin, y abarcará siglos, centurias enteras...

—No tienes otra elección —ella le miró fríamente—. Espero, tu respuesta definitiva, para actuar conforme sea preciso, con la Supernave y con todos sus tripulantes, incluidos tus tres camaradas.

Shark apretó los labios. Sus ojos brillaron. Tuvo un momento de vacilación...Sólo un momento Luego recordó la Supernave, su interior, repleto de gentes esperanzadas que buscaban algo en el universo, su propia liberación.

Movió despacio la cabeza. Sus labios pronunciaron la decisión final:

—Tú ganas, Hydron. Acepto el trato...

CAPITULO VIII

UN apretón de manos a cada uno...Un seco saludo militar, reglamentario. Una mirada prolongada. Quizá más larga, la que se cruzaron Karyl Random y él.

Y parecidas palabras para la despedida. La larga despedida...

—Adiós, señor. Suerte...

—Espero que sepan agradecer todos su decisión Has ta nunca, señor.

—Adiós, comandante —era la profesora Random ahora. Más humanizada, más cálida de lo que nunca fue—. Espero que sea feliz. No todos los hombres llegan a ser seres superdotados.

¿Acaso una lágrima en los ojos de Karyl Random? Shark no pudo estar seguro. Luego, llegó su propia despedida. Breve, emocionada, pero pronunciada con firme voz:

—Adiós, amigos. Que Dios vaya con vosotros. El único Dios, no cualquier otro ser superior de las estrellas... Suerte, para todos. Recordadme alguna vez. Y que Kolman... que Kolman sea un buen comandante. Estoy seguro de ello. Coopere con él en todo, Yuriv.

Asentimientos generales. Una última mirada. Luego...

Luego, desaparecieron los tres. Como borrados por una mano gigantesca, capaz de convertir en encerado las tres dimensiones de los mundos habitados. Se evaporaron.

—¿Qué? —jadeó Shark. Se volvió a Hydron, la hermosísima diosa azul de Yzoord—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Se fueron —suspiró ella, con ojos centelleantes de gozo—. Palabra cumplida, Judd. Ya están en la nave. Y ahora, la nave a su propio lugar en el espacio como si nada hubiera ocurrido... Mira, Judd, querido. Despídete de todo eso. Será la última vez que lo veas...

Shark buscó mecánicamente su proyector de materia. Ya no estaba sobre él. Había desaparecido. Para siempre. Era la condena definitiva. No podría escapar ya jamás. Jamás

Desapareció el hermoso palacio de cristal donde se hallaban. Como un relámpago, todo cambió a su alrededor. Se encontró en lo alto de una inmensa cumbre, rodeado de nubes, de irisadas nubes flotantes, formando un mar gaseoso en torno a la cima. Ellos dos, sobre la montaña inmensa.

Y por encima de sus cabezas, el cielo. Galaxias, soles, astros... Miríadas de luz, chispas infinitas de fulgores cósmicos. En medio de todo ello, majestuosa, gigantesca como nave, insignificante como cuerpo celeste, la Supernave 1.009.

Remontando los negros espacios en su singladura sin retorno. Con todos a bordo. Todos, menos él...

A su lado, Hydron murmuró con voz tranquila:

—Ya siguen viaje. Dejan atrás el planeta Yzoord, que todos confundisteis con la Tierra. Yo recibí vuestros mensajes y respondí a ellos. Me es tan fácil leer vuestros pensamientos, incluso a esta distancia...

—Yo no voy con ellos. Y sin embargo, nada siento en mi cabeza —habló Shark, tocándose sus sienes—. Nada sucede ya. No me ataca la computadora *Alfa 17*, pese a estar ahí, tan cercana...

—Ya no eres su esclavo —sonrió Hydron, rodeando con sus azules brazos los hombros del comandante Judd Shark—. Ya no. Yo destruí el circuito instalado por vuestros tiranos. Ahora, sólo tienes una teoría para siempre: la mía, Judd amado...

Y Judd Shark supo lo que era amar y ser amado por una criatura estelar, por un ser superior de otra galaxia. Supo lo que era reinar en un universo donde planetas, soles y estrellas eran como juguetes en las manos de una caprichosa reina cósmica. Supo lo que era sentirse capaz de hacer temblar, sistemas solares, enteros como dijera Hydron. Lo que sería conmover a las galaxias, hacer llorar o reír a mundos y civilizaciones enteras. Y hacer gritar á las propias estrellas...

Supo lo que era convertirse de simple ser humano, de mortal terrestre..., en un auténtico rey cósmico, en una forma de vida superior, más allá de todo lo imaginado.

. * * *

No sabía si las estrellas estaban realmente gritando.

Pero el bramido terrible llegó de los cielos, conmoviendo el suelo del planeta Yzoord, donde aquella noche de esponsales cósmicos, Hydron y él eran reina y rey de una galaxia ignota e inmensa.

Un fulgor terrorífico bañó en luz todo el planeta. Los cielos parecieron arder, y miríadas de chispas parecieron surgir de los astros, como si reventaran al unísono, convirtiéndose en una cohorte impresionante de estrellas *novas*.

Incluso ella gritó, asustada. Ella, la mujer superior, la reina de Yzoord, gritó con terror, cubriéndose los ojos. La, fingida catástrofe celeste, el falso estallido de soles y astros, se convirtió solamente en una cascada de luz y chispas realmente increíble, que les envolvió en un halo sobrenatural de claridades inconcebibles.

Sorprendido, Shark notó, palpitando contra su propio cuerpo, tembloroso y estremecido por un miedo inexplicable, el cuerpo azul y mórbido de la reina Hydron.

—Cielos, ¿qué sucede.? —murmuró Shark, horrorizado, incorporándose y protegiendo de modo instintivo, a su compañera actual, la reina que había, descendido a ser mujer en aquella noche nupcial en las estrellas, para sentir amor, pasión junto al hombre elegido para entronizarlo, en una condición superior y poderosa—. Hydron, esas luces, ese estallido cósmico... ¿qué significan?

Ella temblaba, sollozando, encogida sobre sí misma, increíblemente desmoronada su arrogancia, su fuerza, su poder. Como si, realmente, toda su grandeza se hubiera venido abajo, y se sintiera sometida a un poder, a una fuerza infinitamente superior.

Una voz, la voz más gigantesca, retumbante y poderosa que jamás oyera Shark en toda su existencia, pareció desplomarse de los mismos cielos, junto con aquellas miríadas de chispas de luz estelar. Fue como una cascada de palabras rotundas, en medio de una catarata de luces y colores fantásticos, delirantes:

—Significa, hombre de otros mundos que ella, Hydron, ha cometido el peor pecado, el más grave delito que ser superior alguno pudo jamás cometer. Ella, hombre de otros mundos, ha cometido la falacia terrible de engañarte a ti y desengañar a todos los demás con una vileza propia de un ser malvado sin conciencia ni entrañas.

—No, comprendo... —balbució Shark, en tanto ella sollozaba, encogida en tierra, a sus mismos pies. Una idea terrible le asaltó y, muy pálido, trató de interrogar al origen de aquella voz poderosa—: ¿Acaso ella ha mentido, me ha traicionado en algo?

—Te ha traicionado a ti... y a muchos seres vivientes más, gente que dependía de ti... —tronó la voz:

—Dios mío —tembló Shark— ¡La nave! —Sí, hombre, de otros mundos. La nave... Ella ha enviado a esa nave y a todos sus ocupantes a una muerte cierta, a su destrucción inexorable...

Esta vez, sí.

Esta vez, Shark estuvo seguro de que su grito, su alarido salvaje, rabioso era capaz de conmover a las estrellas, aunque todavía no se notaba investido de ceder superior alguno. Apretó los puños, se irguió, estremecido de cólera, de odio y de fuerza desatada, y, los tendones de su cuello se hincharon, las venas de sus manos y brazos se marcaron en su piel tersa, y los ojos fulguraron, fijos en la figura yacente a sus pies, en la hermosura azul de aquel cuerpo voluptuosamente encogido, pero, agitado por un terror supremo que él no había comprendido aún.

—¡Tú! —rugió—. ¡Víbora! ¡Otra mentira, otro en gaño, maldita asesina! ¡No, esto no te va a ser perdonado! ¡No permitiré que destruyas a mis camaradas, que sacrifiques a esos seres que dependían de mí, por los que yo me sacrifiqué sólo por capricho tuyo, por juego cruel y malvado! ¡Aunque signifique mi propio aniquilamiento, voy a ser el primer hombre cuando menos que golpea a una reina estelar hasta matarla!

Y bajando sus manos, aferró por los: plateados cabellos a la hermosura azul, la alzó, zarandeándola brutal mente, y aunque los ojos de ella, muy abiertos y llorosos, se clavaron en los suyos implorando piedad y perdón, comenzó a golpearla con todas sus fuerzas, sin miramiento alguno, arrojándola violentamente por el suelo.

Ella chillaba, dolorida, como si fuese incapaz, pese a todo su poder, de revolversse contra Shark de replicar a su agresión de inmovilizarle de alguna forma. Shark alzó su brazo para golpearla de nuevo, ciego de ira.

En ese momento sí notó una fuerza superior que paralizaba ese brazo. Sin embargo, ella continuaba sollozando, encogida sobre sí

misma, esperando nuevos golpes

—No, espera —tronó el vozarrón de las alturas—. Espera, hombre de otros mundos. No sigas golpeando a esa mujer.: Ella te destruiría ahora mismo si no fuese porque nosotros estamos aquí y sabe que no le permitiríamos alzar su poder contra ti. No te aproveches de esa circunstancia, y deja que seamos nosotros, los que hagamos justicia.

—¿Vosotros?... —preguntó Judd Shark—. ¿Quiénes sois?

—Seres muy superiores a Hydron, Auténticas fuerzas supremas de esta: galaxia. Pero nosotros no somos delincuentes, malvados ni criminales.

—¿Delincuentes? ¿Criminales?...

—Eso dije —la voz poderosa hacía retumbar todo en torno a Shark—. También entre los reyes cósmicos, hombre de otros mundos, existen, buenos y malos, honrados y canallas, seres que hacen el bien y otros que causan el mal... Ese es el caso de Hydron. Es una reina culpable de demencia criminal.

—¡Demente!

—Enloquecida, busca ser poseedora de seres diferentes, llegados como tú de otras galaxias... Los hace reyes por un tiempo, casi siempre breve, y luego los aniquila, hasta esperar a que pase otro. El tiempo no cuenta para nosotros. Ni para ella. Utiliza su astucia y poderes para tender trampas a los viajeros del espacio, vengan de donde vengan...

—Las sirenas de Ulises... —recordó Shark, furioso todavía apretando sus puños.

—Sabemos a qué leyenda te refieres, hombre de otros mundos. Nuestro poder mental es infinito. Sí, es algo así como el canto de la sirena. Yzoord es la isla de sus seducciones para el navegante de un mar oscuro y sin fin como es el Cosmos... Ahora, ya lo sabes, hombre de otros mundos. Su maldad y su demencia han llegado tan lejos que debe ser castigada.

—¡No! ¡Castigada, no! ¡Perdón, piedad! —sollozó ella patética, revolcándose por el suelo—. ¡Juro que no lo haré más, nunca más! ¡Piedad para mí, oh, Reyes Supremos!

—No, Hydron. No hay ya perdón para tus culpas. Nuestro castigo caerá sobre ti... ¡ahora!

Hydron gritó, gritó y gritó...

En vano. Ante los ojos atónitos de Shark, fue reduciéndose y reduciéndose de tamaño, se quedó convertida en una hormiga, en algo menos que una hormiga, en un puntito sobre el suelo, hasta que al final desapareció. Totalmente. Como desintegrada.

—No —dijo la voz poderosa de los cielos—. No es lo que imaginas... No fue desintegrada. No ha muerto. Nosotros no matamos. Su castigo es peor. Quedó reducida a un simple átomo, una partícula invisible al ser humano, que se habrá introducido ya en los átomos a que pertenece desde ahora...sin posibilidad de recuperar jamás su real tamaño ni sus poderes privilegiados

—Quisiera lamentarlo por ella Y pero. no puedo... —Shark encajó sus mandíbulas—. Pensar que envió a mi nave, a todos: sus ocupantes, a la muerte...

Cerró los ojos tembloroso. No quería imaginarlo. Se sentía culpable de todo. Tremendamente culpable, aunque *algo* le decía interiormente que tampoco hubiera podido hacer nada por evitarlo.

Hubo un silencio, profundo, en derredor Luego, la voz sonó con su inmenso poder, descendiendo de entre los astros de la Galaxia Hidryónica...,

—Por fortuna los reyes de estas regiones cósmicas velaron por tus amigos y camaradas, hombre de otros mundos... Nuestra, misión no era sólo castigar a los culpables, sino impedir su crimen.

Shark abrió, los ojos, trató: de mirar hacia las estrellas, ver a los invisibles entes galácticos. No lo logró. Pero sus labios, sin embargo, modularon una pregunta a aquellos seres superiores que no le era dado ver.

—¿Impedir... su crimen? —balbució—. ¿Eso significa, quizá, que han podido ser salvados?

—Están a salvo. Todos. Y la nave también. Impedimos que fuese a hundirse en un sol cercano, de gran poder magnético, en cuyo campo de atracción situó Hydron a la nave cuando le permitió salir de aquí. Un fuego devastador hubiera terminado con todos ellos en unos instantes. Ahora navegan sin novedad, en su ruta por las estrellas.....,

—Seáis quienes seáis..., gracias. Os doy gracias por todo... aunque su salvación sea a costa de quedarme yo aquí, solo, olvidado de todos, sin posibilidad de reunir me otra vez con ellos en el futuro... Un hombre no podía ser un ente superior, y debí

comprenderlo. Y no es eso lo que me decepciona, sino verme solo, terriblemente solo para siempre.

—No, hombre de otros mundos Nuestra justicia es completa. Y no sería así, dejándote a ti como, única víctima de esa mujer cruel y perversa. Si lo deseas, vas a volver.

—¿Volver? ¿Adónde? —A la nave, A tu nave, con los tuyos...

—¡Cielos, si eso fuera posible! —se estremeció Shark, —Lo es Cierra tus ojos, hombre de otros mundos... Cierra tus ojos y cuando vuelvas a abrirlos, todo habrá terminado para ti. Perdona a nuestra pequeña reina malvada, que ya sufrió su castigo, y no guardes mal recuerdo, de nosotros.

—¿De vosotros? Sólo puedo recordaros como salvadores de todos nosotros... Gracias, amigos gracias y adiós.

—Adiós, hombre de la Tierra. Adiós para siempre... Shark cerró los ojos.

Fue como un relámpago. Notó que se disparaban sus átomos y moléculas. Se sintió proyectado con fuerza terrible hacía otro punto del espacio.

Un momento después, abrió los ojos. Y se hallaba en su cabina, a bordo de la Supernave 1.009...

EPILOGO

—...Y éste fue él fin de la historia de Yzoord, profesora Random
Le escuchaba ella en silencio. Y con ella el doctor Zake, Kolman, Yuriv, Wang y los demás, en la sala de controles de la Supernave. El vuelo continuaba, imperturbable, a través de estrellas y de soles desconocidos.

Tras una pausa, fue Yuriv quien, habló roncamente:

—¿Está seguro, doctor Zake, de que el comandante ya no lleva en su cerebro la placa de control de *Alfa 17*?

—Segurísimo —asintió el médico—. Es lo mejor que pudo hacer esa mujer, reina, o lo que fuese, cuando se quedó a solas con el comandante. El, cuando menos está liberado de todo. Ya no debe obediencia ciega a los tiranos. Resulta maravilloso, ¿no, señor?

—Muy cierto —sonrió Shark—. Soy el primer rebelde. Ya ha comenzado la lucha por la libertad de todos nosotros. Y tengo cierta idea en mi mente...,

—¿Qué idea, señor? —indagó. Kolman.

—Traten de pensar —ordenó Shark, enérgico—. Piensen que vamos a liberarnos Que conduciremos esta nave a nuestro antojo sin hacer caso de *Alfa 17*, Piensen que regresaremos a la Tierra un día, quieran ellos o no... ¡para combatir por la libertad, antes de que un día llegue el holocausto que soñó la poderosa mente de Hydron! ¡Vamos, piensen, piensen en ello! ¡Piensen y actúen!

—¿Actuar? —se sorprendió vivamente el doctor Zake—. ¿Cómo, señor?

—¡Así! —rugió Shark.

E inesperadamente, sin que nadie pudiera preverlo, alzó un objeto contundente y lo descargó sobre la zona de la computadora *Alfa 17*, destinada al control mental y activo de los tripulantes y

viajeros de la Supernave.

Destrozó una serie de controles sin que sucediera nada. Chisporroteó la máquina. Rápido, Yuriv aferró su propia, arma y, de un culatazo, destrozó un panel luminoso, entre chisporroteos...

Tampoco le sucedió nada. Ni a los demás, que siguieron su tarea destructora sobre la zona de la computadora destinada a controlar a los seres humanos sometidos al cautiverio físico y mental de sus amos de la Tierra.

—¡Lo sabía! —aulló, Shark, radiante—. ¡Lo sabía! ¡Esos seres galácticos son los que castigaron a Hydron!... ¡Ellos nos devolvieron la libertad, estaba seguro de ello! ¡No conformes con salvarnos de una muerte horrible, nos dan lo único que estaba en su mano facilitarnos ¡Les debemos el ser nuevamente libres! ¡Libres!

La profesora Random estalló en llanto. Y se precipitó a los brazos de Shark, espontáneamente, llena de una felicidad radiante, contagiosa. Shark la apretó contra sí. Sin saber cómo, sus bocas se encontraron. Y Shark supo que esta vez sí se encontraba con la mujer que le atraía, aunque no fuese ninguna reina galáctica...

La Supernave 1.009 seguía su marcha, inmutable. Pero ahora a bordo todo había cambiado y setecientos seres humanos eran libres. Totalmente libres...

A su alrededor, las estrellas seguían centelleando en el negro vacío infinito. Shark no supo si aquellas estrellas, por fin, gritaban también en un canto de libertad dedicado a todos ellos...

FIN